

EL MUERTO QUE NO MURIÓ

CLARK CARRADOS

La multitud rodeaba la colina, en cuya cima había un roble solitario, de una de cuyas ramas iba a ser colgado el reo. De pie sobre la carreta que le había conducido al patíbulo, Rittringham pidió hablar unas palabras antes de que se cumpliera la sentencia.

—¡Pueblo de East Valley! —gritó, con toda la fuerza de sus pulmones—. Muero inocente del crimen de que se me ha acusado. Pero no me vengaré de mis jueces ni de los ejecutores de la ley. Un día volveré para vengarme del hombre que verdaderamente asesinó a Vince Corley; y no sólo me vengaré de él, sino de sus hijos y los hijos de sus hijos. ¡Maldito, maldito sea siempre el nombre de…!

Rittringham no pudo pronunciar el nombre. Alguien había arreado al caballo que tiraba del carro y el cuerpo del reo quedó suspendido en el aire.



Clark Carrados

El muerto que no murió

Bolsilibros: Selección Terror - 91

ePub r1.0
Titivillus 30.05.15

Título original: *El muerto que no murió*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Hace ciento noventa años, en 1784, un hombre llamado Arnold Rittringham fue ahorcado, acusado del asesinato de un convecino suyo, llamado Vince Corley.

Corley era un hombre acomodado, propietario de grandes extensiones de terreno, un molino y una gran manada de caballos, que habían adquirido justa fama. Todo el mundo pensó que Rittringham había matado a Corley para casarse con su encantadora viuda, joven de veintisiete años, a la que el nacimiento de sus dos hijos no habían restado un ápice de su belleza.

Consiguientemente, Rittringham fue juzgado, sentenciado y condenado a morir en la horca. Los habitantes de East Valley lo encontraron muy natural.

Rittringham protestó siempre de su inocencia y aseguró que el asesino era otro, que también ambicionaba, no sólo la blanca mano de la viuda, sino sus extensas propiedades. Pero Milton Pearnell presentó a dos testigos, que juraron haber estado con él, tomando una jarra de cerveza, en la Taberna de las Tres Garzas, a la hora en que se había cometido el crimen.

Rittringham, por contra, no pudo presentar ninguna coartada. Se sabía que había acosado a la señora Corley y que en más de una ocasión había manifestado su envidiosa admiración por las riquezas de su víctima. Además, encontraron su cuchillo de caza junto al cadáver de Corley. Fue más que suficiente para condenarlo a la horca.

La víspera de la ejecución, Rittringham recibió una visita.

—A veces, desesperado, me has invocado. Aquí estoy —dijo el visitante.

Rittringham miró atónito al hombre que tenía frente a sí y que vestía como un propietario acaudalado. Lo que más le extrañaba de todo era que el visitante hubiera aparecido de repente en la celda

en que pasaba su última noche en el mundo de los vivos.

—Sí, te he invocado, pero nunca creí…

El visitante no dejó continuar a Rittringham.

—Estoy aquí y no soy ningún sueño, ruedo concederte todo lo que me pidas, con una sola excepción —dijo.

—¡Sálvame de la horca! —clamó frenéticamente el condenado. Aquel sujeto podía ser o no fruto de una pesadilla concebida en sus últimas horas de sueño, pero, por si acaso, más valía pedir lo que realmente le importaba en aquellos momentos.

—Lo siento. Eso es, precisamente, la excepción a lo que te puedo conceder.

—Entonces, ¿qué diablos puedes darme?

El visitante rió suavemente.

—¿Lo ves? Ahora acabas de invocarnos a todos nosotros de una sola vez. Pero, claro está, no va a venir toda la legión infernal, porque no cabríamos en la redondez de la Tierra. Conmigo es bastante, ¿comprendes? Vamos, pide otra cosa, Arnold.

Rittringham reflexionó un momento. En aquellos instantes odiaba con todas sus fuerzas al causante de su desdicha.

—Quiero vengarme de Pearnell —dijo.

—Ahora no podrás…

—Es lo mismo. Mañana, pasado, dentro de cien años. Quiero vengarme de él y de todos sus descendientes. Tú puedes hacer que yo vuelva del otro mundo, si es que realmente eres el que dices ser.

—Lo soy. Está bien, te concederé el deseo que me pides. Incluso más todavía. —Habló durante unos momentos y continuó—. Pero tu venganza cesará algún día y yo me presentaré entonces a reclamar la deuda.

—¡De acuerdo! ¿Cuándo quedará cancelada mi venganza?

—El día en que se unan en matrimonio dos descendientes del asesino y de su segunda víctima, es decir, tú. ¿Me comprendes?

Rittringham asintió. Eso no sucedería jamás, pensó. A la mañana siguiente, cuando los agentes de la ley fueron a buscarle, creyeron percibir cierto olorcillo a azufre en la celda.

* * *

Antes de salir para la colina donde se iba a efectuar la ejecución, el condenado pidió quedarse a solas unos momentos con el reverendo MacNabb. El deseo le fue concedido.

MacNabb se estremeció al oír el relato de Rittringham.

—*¡Vade retro, Satán!* —clamó, a la vez que trazaba en el aire el signo de la cruz.

Pero, en cierto modo, hombre culto, tomó la confesión del condenado como el relato de un sueño. Y ya no le dio importancia, hasta que…

La multitud rodeaba la colina, en cuya cima había un roble solitario, de una de cuyas ramas iba a ser colgado el reo. De pie sobre la carreta que le había conducido al patíbulo, Rittringham pidió hablar unas palabras antes de que se cumpliera la sentencia.

—¡Pueblo de East Valley! —gritó, con toda la fuerza de sus pulmones—. Muero inocente del crimen de que se me ha acusado. Pero no me vengaré de mis jueces ni de los ejecutores de la ley. Un día volveré para vengarme del hombre que verdaderamente asesinó a Vince Corley; y no sólo me vengaré de él, sino de sus hijos y los hijos de sus hijos. ¡Maldito, maldito sea siempre el nombre de…!

Rittringham no pudo pronunciar el nombre. Alguien había arreado al caballo que tiraba del carro y el cuerpo del reo quedó suspendido en el aire.

En aquella época no se había ideado todavía la trampilla en el patíbulo para ejecutar pronta e indoloramente a los condenados a la horca. Rittringham era un hombre robusto y perneó durante largo rato, antes de que la vida abandonara su cuerpo.

Para escarmiento de los ciudadanos, el cadáver del reo debía permanecer colgado de la soga durante todo el día. Al anochecer, cuando el sol era ya sólo medio disco, rojo como el fuego, Mother Wynn, una anciana viuda que vivía en las afueras de East Valley, muy cerca de la colina, vio algo que la hizo sentir un vivísimo terror

Había oído perfectamente las últimas palabras de Rittringham. El reo tenía una voz excepcionalmente poderosa y no se había perdido una sílaba de su parlamento. Ahora, con el cielo en llamas, vio que el cuerpo del ahorcado empezaba a moverse.

Mother Wynn vio algo más. Las manos de Rittringham, repentinamente animadas por la vida, deshicieron el lazo y libre del

mismo, pudo poner el pie en el suelo.

Rittringham dio unos pasos y blandió el puño en dirección a la aldea.

—¡Me vengaré! —gritó. Y, un instante después, pareció fundirse con el fuego del cielo.

Mother Wynn se desmayó de terror. En la aldea también reinó el terror cuando los encargados de descolgar el cadáver del ejecutado encontraron la soga vacía.

La historia corrió rápidamente. Todos recordaban perfectamente las últimas palabras de Rittringham. Aquella noche, ni un solo habitante de East Valley dejó de atrancar sus puertas y ventanas, temiendo la venganza del ahorcado.

En cuanto a Mother Wynn, el suceso le causó tal impresión, que cayó en cama, víctima de unas fiebres perniciosas, para las cuales el médico de la aldea declaró no encontrar ningún remedio curativo.

Antes de morir, Mother Wynn quiso hablar con el reverendo. El pastor había escrito en su diario un relato circunstanciado de los trágicos hechos. La declaración de Mother Wynn fue a unirse al relato.

Mother Wynn murió a los dos días. El reverendo la siguió al poco tiempo. Su diario quedó oculto entre los libros de su parva biblioteca.

Un año después, Milton Pearnell se casó con la hermosa Betsy Corley. Al año siguiente, nació el tercer hijo de Betsy y el primero de Pearnell.

Pero Pearnell no pudo disfrutar mucho de las riquezas de su víctima ni del amor de la bella Betsy. Tres años después de la boda, su caballo le machacó la cabeza con las patas delanteras.

Todo el mundo pensó entonces en la venganza de Rittringham. El caballo había sido siempre un animal muy pacífico y aquel repentino ataque de furia resultaba incomprensible, ya que jamás le había sucedido nada semejante.

Veinticinco años más tarde, Ezra Pearnell, el hijo de Milton y de Betsy, se casó con una encantadora joven, que le dio dos hijos. Ezra murió un día de la manera más horrible: ahorcado por uno de los arneses de su carro, cuando en éste, inesperadamente, basculó la carga y las varas se levantaron súbitamente.

Los hijos de Ezra llegaron a mayores y se casaron. El

primogénito se ahogó un día en un remanso del río, donde no había ni dos palmos de agua. El segundo murió abrasado en el incendio de su propio granero.

Pero también los hijos de Ezra se habían casado y tenían descendencia. Cinco personas que llevaban el apellido Pearnell murieron trágicamente, en distintas circunstancias, aunque no sin haber tenido hijos algunos de ellos.

Por otra parte, Corley tuvo también hijos, que crecieron y se multiplicaron. Sin embargo, su vida resultó apacible.

Así transcurrieron los años y casi dos siglos. Todos los Pearnell crecían, se casaban y tenían hijos, pero casi inmediatamente morían violentamente. Muy pocos fueron los que murieron de viejos, en la cama; generalmente eran los solteros o viudos que no habían tenido hijos.

Los años fueron pasando. En 1904, un individuo llamado Tom Peters, fue acusado del crimen de un tal Henry Pearnell y condenado a muerte.

El crimen se había cometido en el Estado de Nueva York. Ya funcionaba la silla eléctrica.

En el momento de la ejecución, los guardianes procedieron a cortar el cuello de su camisa y la pernera izquierda del pantalón. Entonces vieron en el cuello de Tom Peters las señales de una soga.

—Diablos, diríase que a este hombre le han ahorcado ya —exclamó uno de los funcionarios.

—Así es, aunque usted no lo crea —contestó el reo, con horrible sonrisa.

Peters se sentó tranquilamente en la silla eléctrica y recibió la cantidad de voltios prescrita por la ley. El cuerpo fue trasladado inmediatamente al patio del penal en donde eran enterrados todos los ejecutados.

El ataúd quedó solo durante algunas horas. Cuando, al fin, fueron a bajarlo a la tumba, el jefe de guardianes ordenó que se levantara la tapa del féretro para comprobar que, efectivamente, el que iban a enterrar era el hombre ejecutado a la media noche.

Entonces, los asombrados funcionarios de la prisión de Sing-Sing vieron que el ataúd estaba vacío.

CAPÍTULO II

Sesenta años más tarde, Rex Miller asesinó a Barney Craven. Miller fue condenado a la cámara de gas, ya que el crimen se había cometido en San Francisco.

Los guardianes del penal de San Quintín descubrieron que el asesino tenía unas manchas rojizas en las sienes y en la pierna derecha, muy pequeñas, sin embargo. Aquellas manchas tenían el aspecto de quemaduras.

También vieron la huella de una soga en el cuello de Miller. El condenado dijo que le habían ejecutado ya dos veces, pero que sobreviviría a la tercera ejecución, como había sobrevivido a las anteriores. No dijo que se escaparía de la cárcel, sino que sobreviviría.

Naturalmente, los guardianes se rieron de él. En el momento adecuado, las bolas de cianuro cayeron en el cubo lleno de ácido sulfúrico, la mezcla generó el letal cianhídrico y la cabeza de Miller se dobló sobre su pecho.

Al amanecer, el féretro donde había sido depositado el cadáver de Miller, apareció vacío.

Nadie supo explicarse jamás el misterio. Algunos supusieron que Miller había caído en un estado cataléptico, tal vez autoprovocado, del que había salido merced a una poderosa fuerza de voluntad. Pero si resultaba comprensible, hasta cierto punto, que hubiera podido salir del ataúd, nadie pudo entender, jamás cómo había logrado escalar los altos muros de San Quintín, sin ser visto por los centinelas.

El jefe de policía de San Francisco libró una orden de busca y captura contra un hombre, que, legalmente, estaba muerto. Todos se rieron de él, pero el cartel se publicó.

Sin embargo, nadie pudo encontrar jamás a Rex Miller.

Porque era Arnold Rittringham y había decidido continuar su

venganza.

Barney Craven no llevaba el apellido Corley, pero era hijo de una Corley. Cuando murió asesinado. Craven tenía un hijo de diecinueve años, llamado Dudley.

La madre de Dudley murió siete años más tarde. En su lecho de muerte le contó la historia que, a su vez, le había contado su padre, antes de morir también en un accidente.

Dudley lo tomó como una fantasía. Había cursado la carrera de periodismo y era uno de los más sagaces reporteros del *Examiner*, de San Francisco.

El suceso, en el que su padre había tenido parte tan destacada, si bien en el papel de víctima, llamó su atención.

Y decidió empezar a investigar.

Sus pesquisas le llevaron hasta un antepasado suyo, apellidado Pearnell, nacido en East Valley, Nueva Inglaterra.

La desaparición de Miller había causado una enorme sensación. Un viejo reportero del *Examiner*, con una memoria de elefante, comentó que algo parecido había sucedido en Sing-Sing más de medio siglo antes. Craven recordó entonces las señales de la cuerda y las quemaduras que había en el cuerpo del reo desaparecido.

Craven solicitó una licencia y partió para Nueva York. Investigó en los periódicos de la época y leyó cuanto se había escrito acerca de la ejecución de Tom Peters, condenado a muerte por haber asesinado a un hombre llamado Henry Pearnell.

—Sin duda, uno de mis antepasados —se dijo Craven.

Entre las informaciones leídas, resaltaba la declaración de uno de los guardianes de la prisión, quien había visto la marca de una soga en el cuello del reo. El declarante aseguraba no haber visto jamás nada parecido antes de aquel momento.

La madre de Craven le había contado la leyenda de la maldición que pesaba sobre todos los Pearnell y su descendencia. Craven era hombre joven, abierto, pero no del todo escéptico, aunque tampoco cobarde.

Una de las cosas que el joven estaba decidido a evitar era que la maldición se cumpliera en él. Craven sabía que había fuerzas sobrenaturales, cuya acción era imposible de explicar por medios normales. Pero no se podía librar una batalla sin la debida información.

Y para adquirir la que le faltaba, debía ir sin falta a East Valley, la aldea donde se había originado el apellido Pearnell.

* * *

La aldea estaba situada en un paraje encantador. East Valley estaba reclinada en una ladera, orientada al sol. Un arroyo de murmurantes aguas se deslizaba entre dos hileras de frondosos chopos y álamos. El único punto desagradable estaba en una colina muy próxima a la población, en donde se veía un árbol muerto, cuyas ramas parecían manos de dedos siniestramente largos, que daban la impresión de clamar al cielo pidiendo por una vida que ya había huido de su reseco tronco.

Al pie de la colina, y desentonando por completo con el resto de las casas, había un edificio de planta y piso, alargado, con un eran rótulo sobre el dintel de la puerta: THE GOLDEN GIRL (La chica de oro). En la puerta, bajo la marquesina, Craven, al pasar, vio a una mujer que le sonreía.

Era joven, dos o tres años menor que él, de exuberante cabellera negra, labios maliciosos y escote nada morigerado. La joven mordisqueaba el tallo de una flor silvestre.

Pasó a marcha lenta, ya estaba a punto de entrar en la aldea, por delante de The Golden Girl. Entonces, la joven, con gesto imprevisto, le arrojó la flor.

Craven frenó. La flor cayó en el asiento posterior. Craven se volvió, alargó el brazo y tomó la flor con dos dedos. Olió los pétalos un momento y luego saltó del coche.

—Gracias por el obsequio —dijo—. ¿Lanza flores a todos los forasteros, señora?

Ella rió suavemente.

—No todos son como usted —contestó, mirando al hombre alto y fornido, de pelo claro y ojos azules, cuya cabeza se levantaba casi un palmo por encima de la suya, a pesar de que no era una mujer de poca estatura.

—Algunos son distintos, en efecto. Me llamo Dudley Craven.

—Bienvenido a East Valley. Soy Loretta Philby. Soltera —añadió ella intencionadamente.

—Una chica de oro —sonrió él.

—El título me gusta. El negocio, en cambio, no marcha demasiado bien.

—Puedo ayudarla a que marche mejor, pidiendo que me sirva cerveza.

Loretta se despegó de la puerta.

—Entre —dijo, con seductora sonrisa.

—Creí que habría chicas —dijo, después del primer sorbo de la refrescante bebida.

—Los vecinos no lo tolerarían ni yo tampoco —respondió Loretta—. Pero algunos de ellos, los más influyentes, por supuesto, viven todavía anclados en el pasado.

—Sí, parece comprensible.

—Yo no lo entiendo en absoluto. ¿No estamos en pleno siglo XX, mejor dicho, al final del último tercio? ¿No hemos viajado ya a la Luna? ¿No hay toda clase de adelantos científicos? Entonces, ¿por qué una mujer no ha de poder dirigir un establecimiento respetable?

—La mentalidad de algunas gentes no cambia con el paso de los tiempos, señorita Philby. ¿Hace mucho que vive usted aquí?

—Casi un año. Algunos, es cierto, vienen a beber y a jugar a las cartas, pero se marchan antes de que se haga de noche. Tienen miedo.

—¿A qué? —preguntó Craven.

—¿Ha visto el árbol muerto sobre la colina?

—Sí, no se puede pasar por alto al llegar a East Valley.

—Hace casi doscientos años, ahorcaron a un hombre. El condenado juró que moría inocente y maldijo al verdadero asesino y a todos sus descendientes.

—Una historia interesante. ¿Usted cree en ella?

—No, pero los aldeanos, sí… y tienen miedo de estar en las inmediaciones de la colina cuando se hace de noche —contestó.

—¿Por qué? ¿Son todos descendientes del hombre maldito?

—Parece que algunos sí. En todo caso, yo no he logrado conocerlos. Ya no existe el apellido Pearnell. Se ha perdido después de ciento noventa años.

—Comprendo.

Loretta bajó la voz de pronto.

—Además, algunos, incluso, hablan de un tesoro que el ahorcado escondió debajo del árbol —dijo—. Pero temen desenterrarlo, porque entonces se abrirá la tierra y saldrá el fuego del infierno.

—Terrible —sonrió Craven—. De modo que la gente tiene miedo al fantasma del ahorcado.

—Eso parece. Y entre la leyenda y que algunos me toman por lo que no soy, la clientela es más bien escasa.

—Entonces, ¿cómo puso aquí la taberna?

—Invertí mis ahorros. El dueño anterior murió de un accidente y su viuda la puso en venta. Yo la compré; creí que sería un buen negocio, pero me equivoque. Cualquier día la venderé y me iré de East Valley.

Los negros ojos de Loretta se dirigieron hacia la puerta.

—Y el caso es que este lugar me gusta —dijo—. Tiene unos paisajes maravillosos y el clima es excelente, dentro de lo que suele ser el clima de la región. No sé qué fuerza me impulsó a comprar el local —suspiró.

—A veces, los presentimientos fallan. —Graven sonrió—. Estaré algún tiempo en East Valley. Cuente con un cliente más, incluso después de la puesta del sol, señorita Philby.

Loretta alargó el brazo espontáneamente a través del mostrador.

—He tenido mucho gusto en conocerle, señor Craven —dijo.

El forastero salió.

Subió al coche y arrancó. Un minuto más tarde, se detenía ante la puerta de una posada, en la que un balanceante cartel de hierro, pendiente de un brazo del mismo metal, indicaba al viajero el nombre del establecimiento: EL CIERVO NEGRO.

Craven se apeó. Entró en la posada.

Una mujer delgada, de ojos diminutos y nariz ganchuda apareció a los pocos instantes.

—¿Qué desea? —preguntó con voz apagada.

—Habitación y comida, señora. Soy Dudley Craven y pienso pasar algunos días en East Valley.

—Está bien. Tenga la bondad de firmar en el libro de registro.

—Sí, señora.

—Me llamo Sue Halloway —dijo la mujer, sin variar ni por un instante el tono de su voz ni la expresión de su rostro.

—Encantado, señora Halloway.

La mujer le entregó una llave.

—Suba por esa escalera. Es la segunda puerta a la izquierda, la mejor habitación de la posada —indicó—. Ah, la cena se sirve entre siete y siete y media.

—Lo tendré en cuenta, señora Halloway —contestó el viajero.

CAPÍTULO III

El hombre caminaba sin prisas, apoyado en un bastón. De pronto, oyó un rugido, la tierra y las hojas se arremolinaron, y un hombre apareció ante sus ojos.

—Hay un Pearnell en East Valley.

—¿Cómo se llama?

—Dudley Craven.

—El hijo de Barney.

—Sí. Tienes que matarlo pronto.

—Está bien.

El diablo desapareció entre un remolino de viento y hojas, que se agitó violentamente, a la vez que se escuchaba el profundo rugido que parecía brotar de las entrañas de la Tierra. Una larga racha de aire curvó las ramas de los álamos cercanos, a la vez que el cielo tomaba un tinte rojizo oscuro, en el que se agitaban unas nubes de color violado, constantemente cambiantes de forma.

El viajero se apoyaba en un largo cayado y sus ropas, aunque limpias, estaban muy usadas. Un rayo de luz roja dio de lleno en su rostro y el color lívido fue sustituido por el otro durante unos instantes, confiriéndole una apariencia demoniaca.

Una larga carcajada brotó de sus labios delgados. Al echar la cabeza hacia atrás para reír, parte de su garganta quedó al descubierto. Había en ella la marca violácea de una cuerda.

Un penetrante grito salió de sus labios a continuación:

—¡Dudley Craven, espérame!

La racha de viento huracanado llegó hasta East Valley y agitó las humaredas que salían de las chimeneas. En la taberna de Loretta, una ventana se abrió de repente y batió con fuerza contra la pared. Un cristal saltó con metálico tintineo.

Loretta corrió a cerrar. Ya no había ningún cliente en el local. Los últimos lo habían abandonado minutos antes.

Tristemente, se dispuso a cerrar. Entonces vio a una sombra que avanzaba por una de las veredas que conducían al pueblo, a través de la colina.

Era un hombre y tenía aspecto de hallarse bastante fatigado. Loretta le miró con aprensión.

—Buenas noches, señora —dijo el hombre, a la vez que se quitaba el raído sombrero con que se cubría la cabeza—. Estoy en las inmediaciones de East Valley, si no me equivoco.

—Así es, forastero —contestó la joven—. ¿Puedo serle útil en algo?

El hombre sonrió. Sus dientes eran grandes, amarillentos.

—Sólo tengo unos pocos centavos en el bolsillo y aquí no se sirven comidas —contestó.

—No sirvo comidas, en efecto, pero si tiene hambre, puedo darle algo de comer —manifestó—. ¿Acaso busca trabajo?

—Sé hacer de todo un poco, señora. —Los ojos del desconocido se pasearon por los alrededores de la casa—. Tiene usted el jardín un poco descuidado —añadió.

—Es algo que no se me da muy bien —confesó ella—. Y no soy señora; todavía no me he casado. Me llamo Loretta Philby.

—Jerry Fowland —contestó el viajero. Y fue a decir algo, pero Loretta no le dejó seguir adelante.

—Escuche, voy a darle un empleo —dijo, arrastrada por un impulso cuyas causas no sabía definir—. El negocio no marcha muy bien, créame; pero un ayudante siempre viene bien. Hay un hombre en el pueblo que acude en ocasiones, aunque nunca cuando le necesito verdaderamente. En la parte de atrás, hay un cuartito que podrá ocupar. Pero le puedo pagar muy poco…

—Señorita Philby, créame que trabajaré con usted a gusto, sólo por la comida y el alojamiento. Tengo cuarenta años, aunque sé que aparento muchos más, pero soy fuerte y tengo una salud de hierro. En realidad, desconozco lo que es la menor enfermedad.

Loretta sonrió.

—No lo dudo en absoluto. Entre, ¿quiere, señor Fowland?

—Por favor, llámeme simplemente Jerry, señorita.

—Está bien, Jerry.

Fowland se quitó el sombrero al cruzar el umbral. Sus cabellos eran algo largos, con más color blanco que negro, pero fuertes y

abundantes. Aun delgado, se advertía en él una musculatura de hierro.

Loretta indicó una mesa.

—Siéntese, dentro de unos momentos le traeré algo de cena fría; es todo lo que tengo por esta noche. Ah, y si quiere tomarse una copa, sírvase usted mismo.

—Soy abstemio, señorita —manifestó el recién llegado.

—No sería usted un buen cliente de mi casa —dijo.

—Pero no por ello pretendo que los demás dejen de beber. Todo lo contrario, considero que cada cual debe ser libre para hacer lo que más le guste.

—Es un buen modo de pensar. Hasta ahora, Jerry.

—Bien, señorita Philby.

Fowland se sentó en una silla y se apoyó en el nudoso cayado. Su mirada se paseó por el pulcro interior de la taberna.

—Esto tiene un aspecto muy distinto a lo que yo conocía hace doscientos años —murmuró.

* * *

Dudley Craven estaba cenando en el comedor de la posada, separado del local contiguo por un mamparo de pulidas tablas, que llegaba a unos dos metros del suelo. Al otro lado, en la parte donde los habitantes de East Valley acudían a beber algunas jarras de cerveza, había unos cuantos que parecían discutir algo nada agradable.

—Os digo que esa mujer debe ser expulsada de la ciudad —clamó uno de súbito, con repentino acento colérico.

—¿Por qué? —preguntó otro.

—Es un ultraje a todos nosotros. Esa mujer es una perdida…

—¿Lo dices acaso porque cada vez que te has acercado a ella no has recibido más que desdenes, Brook Anders? —preguntó un tercero burlonamente.

—¿O es que quieres acaso quedarte con su negocio? —exclamó otro.

—¡Al diablo con todos vosotros! Esa mujer es una mancha para la comunidad de vecinos honestos y laboriosos que somos todos

nosotros, pero todavía más para nuestras mujeres, madres, esposas, hijas… Todas ellas se sienten mancilladas por la vecindad de Loretta Philby. ¿No es así, Harry Koslar?

El interpelado asintió con un gruñido.

—Así pienso yo también, como tú, Brook —contestó.

—Pero ¿qué podemos hacer? Es una mujer libre, tiene pleno derecho a sostener un negocio…

—¡Un antro de liviandad! —tronó Anders—. Eso es lo que es su taberna…

—Pues la verdad, hasta ahora, y lleva ya un año allí, no he visto yo la menor señal de juerga en la taberna. En vez de una taberna, parece una cámara funeraria —dijo uno de los presentes.

—Las orgías se celebran a altas horas de la noche, cuando ninguno de nosotros estamos presentes —gritó Anders.

—¿Has estado tú, Brook? —preguntó otro.

—Una noche pasé por allí. Venía de recoger la vaca que se me había escapado al Shadow's Gulch. Había pasado en el empeño todo el día y gran parte de la noche. Vi todas las ventanas encendidas. Salían ruidos inconfundibles: risas de borracho, gritos de mujeres, música infernal…

—Lo has soñado —dijo alguien—. En un año, alguno más habría visto algo parecido.

Un puño golpeó la mesa violentamente.

—Está bien, no me hagáis caso, pero ya sentiréis sobre vosotros la maldición del diablo, por no querer alejar de nuestra vecindad a esa mujer infernal —gritó Anders.

Craven se sentía perplejo. ¿Era posible que hubiera alguien en la aldea capaz de detestar tan furiosamente a la encantadora joven que era Loretta?, se preguntó.

Varios de los contertulios se marcharon. Craven los oyó al hablar con la señora Halloway y abonarle el gasto de sus bebidas.

Dos quedaron en el mismo sitio, Anders y Koslar.

—Harry, ¿cuándo subimos allá? —dijo Anders de pronto.

—No, no, Harry, no iré nunca a la colina del ahorcado —se estremeció Koslar, dando muestras del más vivo terror.

—¡Imbécil! —le apostrofó el otro—. Se necesitan dos hombres, de lo contrario iría yo solo. ¿No te dice nada el tesoro que está escondido bajo el roble muerto?

—¡Fantasías, paparruchas! ¡Yo no creo en ellas, Brook!

—Vendrás, Harry, vendrás, cuando lo tenga todo dispuesto —barbotó a media voz—. Ya sabes que tengo medios de obligarte a que me acompañes… ¡Y por todos los diablos, una noche de estas subirás conmigo a la colina del ahorcado! Quizá mañana mismo.

—¡No, por favor, Brook, no…! ¡No me obligues a hacer eso! —gimió el otro.

—Harry, ¿te gustaría que alguien fuese a Phineas Hardane con el cuento de las visitas que recibe su mujer, ciertas noches, cuando él está ausente, cuidando el rebaño de ovejas en las montañas? ¿Te gustaría que Hardane volviese una noche inesperadamente y encontrase a su esposa en brazos de otro hombre?

—Brook, tú no serás capaz de…

—Cuando yo te lo diga, subirás conmigo a la colina del ahorcado. O, de lo contrario, Hardane sabrá la verdad de lo que sucede en su casa durante sus ausencias.

Se oyó ruido de sillas. Craven continuó cenando.

«Vaya gente», se dijo.

Fingió indiferencia cuando los dos últimos bebedores pasaron por delante de él. Para sorpresa suya, encontró que Anders, a quien reconoció por la voz, era un sujeto alto, arrogante, apuesto, de unos treinta y cinco años, aunque de expresión fatua y presuntuosa, rebosante de orgullo hasta por el último poro de su piel.

Koslar era algo más bajo, pero también joven. No obstante, se advertía en él al hombre fácilmente influenciable por una voluntad ajena. Y no cabía la menor duda de que, en este caso, la voluntad dominante era la de Anders.

Los dos sujetos se marcharon.

Al cabo de un rato, subió a su habitación. Hubiera ido a ver a Loretta, pero se sentía fatigado.

CAPÍTULO IV

La casa era antigua, de recios sillares de mampostería y de las muy pocas en East Valley que tenían el tejado de pizarra. La mayor parte de la fachada estaba cubierta por una abundante capa de hiedra.

Al otro lado, se divisaba un pequeño cementerio, con losas y cruces de piedra. A la derecha de la casa había una vieja capilla, cuya puerta estaba ahora cerrada.

Había una cadena, con una anilla en el final. Craven tiró de la anilla. Dentro de la casa se oyó un agradable tintineo.

A los pocos minutos, se abrió la puerta. Una hermosa joven, de unos veinticuatro años, de mediana estatura y cabellos claros, apareció en la puerta.

—¿Que desea, caballero? —preguntó.

—Perdón, señorita. Soy Dudley Craven y me alojo en El Ciervo Negro. La señora Halloway me ha indicado que usted es la persona adecuada para facilitarme ciertos datos que necesito, para una historia que estoy escribiendo.

La joven sonrió.

—Ah, escritor —dijo.

—Si se define al escritor como al hombre que escribe historias, en efecto, lo soy pero ese título corresponde más bien a otra clase de personas. Soy periodista, señorita.

—Oh, dispense, no me he presentado. Mi nombre es Jessica Wolf.

—Encantado, *miss* Wolf —saludó el forastero.

Ella hizo una leve inclinación de cabeza.

—Pase, por favor —rogó la joven—. Creo que dentro de casa podrá explicarme mejor sus propósitos.

Craven se quitó el sombrero.

—¿Vive sola aquí? —preguntó.

—Perdí a mis padres hace algunos años. Sólo me queda una anciana tía, pero la pobre se pasa la mitad del tiempo en la cama, aquejada de un tremendo reuma.

—Oh, pobre señora. Lo lamento muchísimo, créame.

—Gracias, señor Craven. ¿Quiere una taza de té?

—He desayunado hace poco rato, muchas gracias.

—Está bien. —Jessica sonrió encantadoramente—. Usted dirá, señor Craven.

—Bien, se trata de investigar en los archivos parroquiales. Me gustaría leer el libro de las partidas de bautismo. Pero he visto la capilla cerrada…

—East Valley no tuvo mucha importancia en el pasado y aún la tiene menos actualmente. Antiguamente, teníamos un pastor; ahora, el vicario de Slattery viene una vez al mes. Dice que es todo cuanto puede hacer…

—Entonces, él tiene la llave de la capilla.

Jessica sonrió.

—No, por Dios, la tengo yo. Sólo pretendía explicarte cómo está la cosa en materia religiosa. Desde luego, ésta es la antigua casa rectoral. Mis padres la compraron cuando el anterior pastor abandonó East Valley. Era un tipo raro; decía que la casa estaba endemoniada y no se llevó más que lo puesto y un poco de ropa, pero dejó todo tal como lo había encontrado.

—Debía de ser un espíritu timorato. Si realmente la casa está endemoniada, ¿cómo puede un hombre de religión acobardarse y no enfrentarse al diablo?

—No le puedo responder; yo era una niña cuando eso sucedió. Pero en todos estos años, no he notado la presencia del diablo en la casa, se lo aseguro, y ello sin necesidad de conjuros y exorcismos. Ahora bien, el anterior pastor, que fue el último, era hombre muy sensible… por no decir un tanto perturbado.

—Sí, los que tienen la mente demasiado sensible, en realidad, están un poco locos —convino Craven.

Paseó la vista por la estancia.

Dos de sus paredes estaban ocupadas por sendas estanterías llenas de libros. Jessica adivinó lo que miraba su visitante.

—Todavía se conserva la biblioteca del primer pastor que hubo en la comunidad, el reverendo MacNabb —dijo—. Claro que,

después, los siguientes pastores añadieron algunos libros.

—Tiene usted un tesoro, señorita Wolf. Un día me permitirá venir a examinar los títulos de sus libros y los autores y los lugares donde fueron editados.

—Siempre que lo desee, señor Craven. Bien, antes dijo que quería examinar el registro parroquial.

—Así es.

Jessica se puso en pie.

—Tenga la bondad de seguirme —indicó.

Había cuatro tomos en los que se habían registrado todos los nacimientos y defunciones de la aldea, desde 1772, en que fue fundada. Craven comprendió que tenía ante sí una tarea más larga de lo que había pensado y así se lo dijo a la joven.

—Bien, le dejaré la llave; usted me la devolverá cuando termine. Yo no puedo acompañarle; mi tía no debe estar demasiado rato sin compañía —manifestó Jessica.

Craven permaneció largas horas en la abandonada sacristía de la capilla, armado de un cuaderno de papel y un lápiz, con el que tomó innumerables anotaciones. Pero pronto empezó a sentirse cansado, apenas si había terminado con el primero y más moderno de los libros de registro.

Devolvió la llave a Jessica y anunció que volvería al día siguiente. Ella aceptó con amable sonrisa. Luego, Craven salió a la calle.

Había una tienda que era una especie de almacén de ramos generales. Una mujer salía cuando pasaba por delante, rumbo a la posada.

Era alta, de cabello estrepitosamente rubio, en cuyo color la química tenía una notable intervención, de carnes abundantes y senos pomposos. Del interior de la tienda salió una voz que dijo: «¡Adiós, Katie!».

Ella siguió adelante. En el camino se cruzó con una muchachita.

—Buenos días, señora Hardane —saludó la niña alegremente.

—Buenos días, Betty —contestó la mujer.

«Con que esta es la famosa Katie Hardane. A decir verdad, para ciertos tipos no deja de ser una mujer muy atractiva», se dijo Craven, pensando en Harry Koslar.

* * *

Las luces de The Golden Girl estaban encendidas y las ventanas abiertas de par en par. El silencio reinaba en el paraje de una manera absoluta.

Fowland barría el local. Loretta estaba sentada ante una mesa, con expresión pensativa.

La figura de un hombre se recortó súbitamente en el umbral. Loretta sufrió un fuerte sobresalto y emitió una exclamación.

—Dispénseme, no pretendí asustarla —sonrió Craven.

—Se ha aparecido usted de un modo casi mágico —contestó ella.

—No soy ningún genio del mal. Usted estaba abstraída y no me oyó llegar, eso es todo.

De pronto, Craven reparó en el hombre que recogía los últimos restos de las barreduras. Loretta se dio cuenta de la mirada.

—Señor Craven, le presento a mi nuevo empleado, Jerry Fowland. Jerry, éste es el señor Craven, periodista.

Fowland se enderezó. Por un instante, Craven tuvo la sensación de que los dos ojos del sujeto le taladraban la frente para hurgar en el interior de su cerebro.

—Es un placer, señor Craven —dijo Fowland con voz átona—. Señorita, si no le importa, me retiraré a mi alojamiento; ya he terminado por hoy.

—No faltaría más. Buenas noches, Jerry.

—Buenas noches.

Fowland se marchó. Craven se sentó frente a la joven.

—He venido a hacerle compañía hasta que me eche —sonrió.

—Puede estar seguro de que es el primero que, en seis meses, por lo menos, viene aquí después de oscurecer —contestó Loretta—. ¿Qué prefiere beber?

—He cenado ya, así que una copa de Oporto o de Málaga me sentará bien.

—De acuerdo.

Loretta se levantó y fue a la estantería de los licores. Poco después, regresó con una botella y dos copas.

—Yo beberé con usted —dijo.

—Pero yo pagaré el gasto. Oiga, no sabía que tuviera un empleado. Creí que vivía sola.

—Lo contraté ayer. Es un pobre hombre que pasaba por aquí, cansado y hambriento. Me pareció un deber humanitario socorrerle de algún modo.

—Es usted muy compasiva, señorita Philby, lo cual habla muy alto de sus cualidades, en contra de lo que opinan algunos y no precisamente en voz baja.

—¿Qué es lo que pretende decir, señor Craven?

—Anoche, mientras cenaba en la posada, oí una conversación, aunque involuntariamente. Hay un tipo en la aldea que no le tiene ninguna simpatía.

—Creo que sé de quién me está hablando. Brook Anders, ¿no es así?

—Cierto. Parece ser que él señor Anders se hizo ciertas ilusiones con respecto a usted, ilusiones que no han tenido confirmación, según pude deducir.

—Anders se cree que toda mujer a la cual mira ha de caer indefectiblemente en sus brazos. Es un tipo fatuo, vanidoso, engreído, pagado de sí mismo, de su apostura física y de lo que aquí es considerado como una sólida fortuna. Le rechacé desde el primer día; no me gusta en absoluto, ni por sus intenciones ni aunque sus propósitos hubieran sido completamente honestos.

—La felicito. A mí tampoco me cayó simpático.

—¿Habló con él?

—No, pero pude verle cuando se marchaba a su casa. A veces, basta ver una sola vez a una persona, para juzgar su carácter.

—Es cierto —convino Loretta—. Pero no hablemos más de ese tipo; verdaderamente, me repugna. ¿Ha decidido ya el tiempo que va a permanecer en East Valley? —preguntó súbitamente.

—No depende de mí. Estoy investigando los archivos parroquiales. Quiero llegar hasta el origen del apellido Pearnell. Por lo menos, hasta saber cuál fue el primer Pearnell que, hace más de doscientos años, se estableció en la comarca.

—Una labor fascinante —declaró ella—. ¿Conseguirá algo?

—Eso espero. Señorita, desearía hacerle una pregunta, si me lo permite.

—Por supuesto.

—Se trata de algo referente a una cosa que escuché mientras cenaba. El tesoro que usted mencionó el primer día que nos vimos.

—Ah, ya recuerdo. ¿Quién hablaba de ese tesoro?

—Anders, con un tal Harry Koslar.

—Menuda pareja —dijo Loretta con repugnancia.

—¿Cree usted en esa historia?

—Algunos la repiten como cierta. Personalmente, no creo en el tesoro. Pero no deja de ser una leyenda muy bonita, ¿verdad?

—Sobre todo, por el final que tendrán los que encuentren el tesoro.

—Si una fuese de otro modo, desearía que Anders y Koslar encontrasen el tesoro y que la tierra se abriese y el fuego del infierno los devorase. Pero no los quiero tan mal como para eso, aunque tampoco los estimo en absoluto —respondió.

—Le doy la razón en todo, señorita Philby —dijo Craven.

En aquel momento, y sin que nadie lo anunciase en la noche calmada y hasta calurosa, brilló un vivísimo relámpago en el cielo. El estampido del trueno, repercutiendo largamente por montañas y cañadas, llegó poco después a la taberna.

CAPÍTULO V

A Craven, el trueno le pareció la carcajada de un ser gigantesco, demoníaco. Loretta, por su parte, sufrió un fuerte estremecimiento.

—Es raro —dijo—. La noche estaba completamente en calma…

Craven se puso en pie y salió a la puerta. El cielo aparecía despejado, sin una nube que ocultase siquiera una sola de las estrellas.

—Voy a cerrar las ventanas —anunció la joven—. Si se pone a llover, usted puede mojarse antes de llegar a la posada.

—No está muy lejos. Además, quiero quedarme más tiempo, a menos que usted me eche de aquí.

—Oh, por favor…

—Aguardaré a la media noche. Quiero que lo sepan en la aldea, si no tiene inconveniente. A ver si de este modo desechan sus estúpidas supersticiones, aunque sospecho que, en el fondo, hay otros motivos y no muy limpios que digamos.

—¿Qué sabe usted, señor Craven?

—Conozco los resentimientos de Anders. La odia a usted, señorita Philby.

—No me extraña en absoluto. Cree ser un hombre guapo y apuesto y, en cierto modo, lo es, pero también es el ser más ruin y despreciable que existe en East Valley. No hago caso de sus habladurías, eso es todo.

—Pero los otros sí las escuchan. Eso puede ser poco beneficioso para usted.

—No me importa en absoluto. Le diré una cosa: hace tiempo, vino a deshoras, con las pretensiones que usted puede imaginar fácilmente. Tengo una escopeta y se la enseñe. Al día siguiente, dijo que me había visto haciendo un conjuro para evocar al demonio.

—Ese Anders… Se merecería un buen puñetazo en la nariz —dijo Craven, muy irritado.

—Bah, no le haga caso. Creo que el desprecio es la mejor arma para un tipo semejante.

Craven se quedó pensativo unos momentos.

—¿Dónde he visto yo ese nombre antes de ahora? —dijo de pronto—. Ah, sí, ahora recuerdo —exclamó—. He estado revisando los libros de la parroquia. Anders desciende de una familia establecida en East Valley casi desde su fundación.

—Suele suceder con la mayoría de la gente —sonrió Loretta, que ya había cerrado todas las ventanas—. ¿Otra copita, señor Craven?

—Gracias, pero, por favor, llámeme Buddy. Es el apelativo familiar, aunque el nombre es Dudley, como ya sabe.

—Sí, Buddy —sonrió la joven.

Craven la contempló mientras llenaba su copa. Era muy hermosa, tanto como Jessica Wolf, pero su belleza era de otra clase. Se preguntó con cuál de las dos se quedaría, caso de verse obligado a tomar una decisión en tal sentido.

* * *

—Aquí es —dijo Anders, señalando un punto al pie del roble muerto, cuyo tronco y ramas blanqueaban siniestramente en la oscuridad.

Koslar titubeó.

—Pero, vamos a ver, Brook, ¿quién diablos te ha dicho a ti…? —preguntó, irresoluto y temeroso.

—He leído documentos antiguos. Rittringham escondió aquí una olla repleta de monedas de oro. Libras esterlinas, ¿comprendes? En aquella época, esto pertenecía a las colonias inglesas. Ahora, esas monedas tienen un valor inmenso… ¡Vamos, dale a la pala!

Koslar suspiró. Hincó en el suelo el borde inferior de la pala, apoyó el pie en el superior y presionó hacia abajo.

Detrás de él, silenciosamente, Anders empezaba a desenrollar la cuerda que había llevado consigo. Las ramas del roble eran todavía resistentes. Dentro de unos minutos, el estúpido de Harry habría dejado de ser un estorbo para…

Un relámpago barrió las tinieblas durante una fracción de segundo. Koslar lanzó un grito de susto, al que contestó en el acto el

fragor del trueno.
—Brook, no, yo no quiero ahora…
—¡Sigue! —rugió el otro, ocultando la cuerda bajo su chaqueta —. Vamos, dale a la pala.
Koslar se volvió hacia el árbol. Un agudo chillido brotó de repente de su garganta, al ver la alta figura que había surgido junto al tronco del roble, como por arte de magia.
—¡Brook, el diablo! —chilló, invadido por un miedo espantoso.
La mandíbula inferior de Anders colgó laciamente. El rostro del individuo aparecía invisible. Su boca permanecía muda.
—Yo me voy… me marcho… —gimió Koslar, lleno de terror.
Anders fue más rápido y resuelto. Dio media vuelta y se lanzó a todo correr por la ladera abajo.
Koslar era mucho menos rápido.
Quiso correr también, pero algo ciñó su garganta repentinamente. Koslar sintió el contacto de una cuerda en su cuello y creyó que el cáñamo ardía. Después, notó un agudísimo dolor y vio que el suelo se separaba de sus pies.
Eso fue lo último que sintió.

* * *

Craven sonrió.
—Ya han dado las doce, la hora en que aparecen las brujas, trasgos y demás seres infernales. Como puede ver, Loretta, no se nos ha aparecido nadie —dijo.
—Yo nunca he sido supersticiosa —contestó ella.
Craven se levantó.
—Espero que la gente acuda más, a partir de este momento —manifestó, a la vez que se dirigía hacia la puerta.
Loretta le acompañó.
—Gracias por haber venido —dijo.
—No ha tenido importancia; antes al contrario, ha sido un placer.
Llegaron bajo la marquesina. De repente, un vivísimo relámpago estalló en el cielo.
Fue una colosal llamarada, que llenó de luz las tinieblas,

iluminando vívidamente los contornos durante algunos segundos.

El roble muerto apareció también a la vista.

Y algo más.

El cuerpo de un hombre colgado por el cuello de una soga.

Durante unos segundos, Craven se preguntó si lo que habían visto no era producto de la imaginación. Pero el segundo relámpago, casi más largo que el primero, le convenció de la realidad de la visión.

—Hay un hombre ahorcado, Loretta.

Ella se separó un poco de Craven.

—Es horrible —dijo—. ¿Quién puede ser?

Craven pensó inmediatamente en dos personas. Pero un segundo más tarde, concibió una viva sospecha.

—¿Tiene una linterna, Loretta? —preguntó.

—¿Piensa subir a lo alto de la colina? ¡Está endemoniada, maldita…!

—¿Usted también cree en supersticiones?

—Tiene razón, no se debe creer en tonterías —contestó—. Aguarde un momento, por favor.

La joven entró en la taberna para salir a los pocos momentos. Craven le dijo que aguardase allí.

—Va a subir solo —se estremeció ella.

—No se me llevará el demonio, se lo aseguro.

—Si la señorita no tiene inconveniente, yo acompañaré al señor Craven.

Loretta lanzó un leve grito. Fowland, inesperadamente, acababa de aparecer tras ellos.

—He oído los truenos y me pareció conveniente levantarme para ver si era preciso cerrar las ventanas —dijo Fowland con voz neutra.

—Está bien, venga conmigo, Jerry —accedió el joven.

Los dos hombres echaron a andar.

Momentos después, llegaban junto al roble muerto. La luz de la lámpara iluminó claramente el contorsionado rostro del ahorcado.

—No hay duda, es Koslar —murmuró Craven.

—¿Lo conocía usted, señor?

—Sólo de vista, Jerry. Está bien, no toquemos nada. Será preciso avisar a las autoridades.

—Sí, señor, lo que usted diga.

Emprendieron el descenso. La noche había vuelto a recobrar su calma.

Loretta aguardaba ansiosamente.

—Sí, hay un ahorcado —dijo Craven.

Ella se cogió la cara con ambas manos.

—Es horrible…

—Tenemos que avisar a los agentes de la ley. ¿Quién la representa en East Valley, Loretta?

—Elias Hortham. Es alguacil delegado del *sheriff* de Slattery. Tiene un rótulo en la puerta de su casa…

—Está bien, quédense aquí; iré a buscar al alguacil —decidió Craven.

La aldea aparecía en silencio. Había algunas luces en la única calle del poblado. Craven encontró bien pronto la casa de Hortham.

Golpeó la puerta con fuerza. Momentos más tarde, un hombre, vestido con un anticuado camisón y gorro de dormir, se asomaba a la ventana del piso superior.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me despierta a estas horas? —gruñó el sujeto.

—¿Es usted el alguacil Hortham? —preguntó Craven.

—Por desgracia, ostento ese cargo…

—Entonces, tendrá que actuar como alguacil. Hay un hombre muerto violentamente.

—¿Qué? —Hortham pareció quedarse sin aliento—. ¿Dónde está el cadáver?

—En la colina del ahorcado.

Dentro de la casa se oyó un grito de mujer.

—El monte maldito…

—¡Calla! —gritó Hortham, exasperado y aturdido al mismo tiempo por la noticia—. ¿Dice usted que un hombre muerto…?

—Sí, ahorcado, colgando de una rama del roble seco.

CAPÍTULO VI

La aldea hervía de comentarios. Los hombres del *sheriff* de Slattery habían venido e interrogado a todos los habitantes de East Valley, incluyendo, como era lógico, a los principales testigos del drama. El forense había examinado el cuerpo y hecho la autopsia, después de lo cual había permitido el entierro de la víctima.

Había mucha gente en la posada. Anders era uno de los que más gritaba. Daba la sensación de estar furioso.

—Ella dice que no ha sido, pero yo sé que lo hizo. Ahorcó al pobre Brook… Es una sirviente del demonio, una bruja con poderes malignos…

Craven escuchaba sin intervenir en la disputa, mientras consumía una jarra de cerveza.

—Esa ramera, enviada del maligno… —rugió Anders en una ocasión.

Craven se hartó ya de las necedades que profería el sujeto.

—Debería tener la lengua un poco más tranquila, señor Anders —dijo.

Anders se volvió hacia el joven, como picado por una serpiente.

—Señor, ¿quién le ha dado a usted permiso para intervenir en esta conversación? —preguntó con aire petulante.

—Cualquier persona decente hubiera hecho lo mismo que yo. Está insultando a una mujer digna, cuyo único delito consiste en haber rechazado sus pretensiones amorosas. ¿Qué necio pensaría que la señorita Philby pudo ahorcar a Koslar? ¿Cómo pudo ella reducirle a la impotencia, pasarle la cuerda por el cuello y luego tirar para dejarlo suspendido en el aire? ¿No era Koslar más fuerte que ella?

—Está poseída por el diablo; ello le confiere una fortaleza excepcional…

—No diga tonterías. Esa historia sólo se la creería un niño y,

además, débil mental. ¿Por qué no habla a la gente de la expedición que usted y Koslar planeaban por la noche a la colina del ahorcado?

—¡Yo no he pensado nunca en un disparate semejante! ¿A qué diablos iba yo a ir por la noche con Harry a ese lugar maldito?

—Usted y él lo sabían. Yo lo escuché hace algunas noches, cuando Harry y usted se quedaron rezagados. Harry no quería ir, pero usted le amenazó con revelar cierto secreto.

De pronto, Anders lanzó un rugido y se arrojó contra el joven. Craven lo rechazó con un formidable puñetazo que lo arrojó contra el mostrador.

En aquel momento entró Hortham.

—¡Alto! ¡Basta de pelea! —gritó autoritariamente—. ¿Qué sucede? ¿Por qué se pelean?

Craven se pasó la mano por los labios.

—Ese hombre insultaba a la señorita Philby de una manera grosera y repugnante —contestó Craven—. Sencillamente, se lo reproché y él quiso pegarme.

Hortham frunció el ceño.

—Brook Anders, tan poco como a ti, me gusta la cantina de Loretta, pero tiene perfecto derecho a estar allí —dijo.

—Es que, además, me ha acusado de algo que es incierto… De acuerdo, se me fue la lengua respecto a esa prójima, pero lo otro que ha dicho el forastero es mentira —contestó Anders, ya incorporado.

Hortham se volvió hacia el joven.

—Hable, señor Craven —pidió.

—No tengo pruebas —contestó el interpelado—. Pero es cierto y él lo sabe. Hable con él, exíjale que le diga la verdad. Tal vez así sepamos quién es el verdadero asesino de Koslar.

Craven ya no dijo más; giró sobre sus talones y se encaminó a su habitación.

Hortham frunció el ceño.

—Brook Anders, la verdad es que tienes la lengua demasiado larga —dijo, con acento de reproche—. Ándate con ojo; la próxima vez, puedes encontrarte con una demanda judicial por calumnia y te costaría caro. Y ahora, ve a tu casa y métete en la cama.

Anders se marchó, rezongando entre dientes. Pero a los pocos pasos, se metió por una calleja lateral.

Momentos después, llamaba a una puertecita.

Una mujer se asomó a la ventana del piso superior.

—¿Quién es?

—Anders. Abre, Katie, quiero hablar contigo —exigió el sujeto.

La puerta se abrió a los pocos instantes.

—¿Qué quieres, Brook?

Anders la abrazó furiosamente.

—Imagínatelo —dijo con voz enronquecida por el deseo.

* * *

Craven sonrió a la vez que se quitaba el sombrero cortésmente.

—¿Cómo se encuentra su tía, señorita Wolf? —preguntó.

—Algo mejorada, muchas gracias —respondió—. Imagino que viene a pedirme la llave de la capilla…

—Si no tiene inconveniente, se lo agradecería.

—Ninguno. Espere un momento, por favor.

Jessica entró en la casa y regresó a los pocos instantes.

—Estoy pensando una cosa, señor Craven…

—¿Por qué no me llama Buddy?

Ella volvió a sonreír.

—Es más cómodo que Dudley y menos protocolario —dijo.

—Lo mismo decía mi madre. Bien, ¿qué me iba a decir, Jessica?

—Quédese con la llave. Así puede venir cuando quiera. Pudiera suceder que yo estuviera ausente de la casa y mi tía, naturalmente, no podría recibirle.

—De acuerdo, muchas gracias.

Craven se disponía ya a retirarse, cuando ella le retuvo inesperadamente:

—Aguarde un poco, por favor. Soy algo curiosa por naturaleza…

—Si está en mi mano complacerla, pídame lo que sea.

—Oh, no es gran cosa. Sólo se trata de lo que sucedió el otro día en la colina del ahorcado. Creo que usted fue el que encontró el cadáver del pobre Koslar.

—Sí, es cierto.

—Y dos días después, se peleó con Anders.

—Es un sujeto repulsivo. Insultaba groseramente a una mujer

decente.

—¿Es eso lo que piensa de Loretta Philby?

—¡Jessica! No irá a decirme que usted cree que esa joven…

—Tiene un establecimiento muy poco decente, por no calificarlo de otro modo.

—Lamento que piense así de Loretta. Creo que está equivocada, Jessica.

—Ella es muy guapa. Los hombres ven las cosas muy distintas cuando se trata de un rostro bonito.

—Como el suyo, por ejemplo.

Jessica se irguió.

—Yo soy distinta —exclamó.

—Indudablemente. Pero me ha decepcionado usted. Lo siento.

Craven giró hacia su izquierda. Ella le llamó de pronto.

—¡Buddy!

El joven se volvió.

—Dispénseme —pidió Jessica—. Creo que me he precipitado al hablar de esa manera de una mujer a la que no he dirigido todavía la palabra. No se puede juzgar a las personas por las apariencias, sino por lo que hacen. Y, a decir verdad, por mucho que hayan comentado acerca de Loretta, nadie ha podido probar todavía que haya cometido algún acto liviano o indecoroso.

Craven sonrió.

—Así me gusta más —dijo—. Una mujer hermosa lo es doblemente cuando sus pensamientos son rectos. Gracias, Jessica.

—Usted me ha hecho ver la verdad —contestó ella. El acento de Jessica era nuevamente dulce y amable.

* * *

Fowland barría ya la taberna, cuando entró un cliente.

—Buenas noches, Jerry —saludó Craven.

—Buenas noches, señor. La señorita está en su habitación. ¿Quiere que la avise?

—Se lo agradeceré, Jerry.

—Bien, señor.

Fowland se marchó. Craven se preguntó por qué un hombre que

ya no era joven llevaba el pelo exageradamente largo, al menos por la parte de las sienes. Otra cosa que le chocó fue el pañuelo que Fowland usaba constantemente a modo de bufanda.

¿Y el color casi verdoso de su cara? ¿Alguna dolencia crónica de hígado?

Loretta apareció a los pocos instantes.

—Hola, Buddy —saludó, a la vez que le tendía ambas manos—. ¿Cómo van las cosas por la aldea?

—Imagínese, después de lo ocurrido. ¿Y usted?

—Mal. En todos estos días, sin contarle a usted, no he tenido media docena de clientes —contestó—. Temo que voy a verme obligada a clausurar el negocio. Con gran alegría de Anders, por supuesto.

—¿Se lo quiere comprar?

—¿Ese tacaño? Oh, no, nunca me ha dicho nada al respecto. Ya sabe usted qué es lo que pretende de mí, por desgracia.

—No le haga caso. Además, sospecho que es el asesino de Koslar.

Los ojos de Loretta se abrieron desmesuradamente.

—¿Lo cree así? —exclamó.

—Sí, pero ahora hablemos de otra cosa. Usted me dijo, en cierta ocasión, que no había estado jamás en East Valley.

—Es cierto. Nunca se me hubiera ocurrido venir aquí, de no ser por el anuncio en que se ponía en venta la cantina.

—Bien, si no le importa, ¿podría decirme usted el nombre de sus padres y abuelos?

Ella le miró sorprendida, pero contestó a lo que le pedían. Incluso dijo los nombres de sus bisabuelos.

—Lo recuerdo muy bien, porque en casa había una especie de genealogía de la familia y yo había leído el documento en más de una ocasión. Pero se extravió en el traslado a East Valley —explicó Loretta a continuación.

Craven sacó una libreta del bolsillo.

—Eso aclara algunas cosas —dijo—. Loretta, el padre de su tatarabuelo se llamaba Corley y había nacido en East Valley, aunque abandonó la aldea siendo todavía un niño.

—De modo que mis antepasados proceden de aquí —exclamó ella, asombrada.

—Sí, en efecto.

—Es curioso —murmuró la joven pensativamente—. ¿No le dije en cierta ocasión que un extraño impulso me había hecho venir a East Valley y que me quedé aquí, aun sabiendo que la taberna podía ser un mal negocio?

—Sí, me lo dijo, Loretta —contestó Craven.

CAPÍTULO VII

Pasadas las doce de la noche, Craven regresó a la posada. Había anunciado a la señora Halloway que volvería tarde, por lo que la posadera le recomendó entrase por la puerta posterior, cuya llave le facilitó.

Craven entró en la calleja trasera. De pronto, oyó en las inmediaciones el chirrido de los goznes mal engrasados de una puerta que se abría.

El instinto le hizo saltar a un lado y esconderse en el hueco de un portal. A menos de diez pasos de distancia, divisó dos sombras, una de ellas blanca, debido sin duda a los ropajes que vestía.

—¿Cuándo puedo volver? —preguntó el hombre.

—Tendrás que esperar unos días. Él llega mañana —contestó la mujer.

Craven sonrió en la oscuridad. La mujer entró en la casa nuevamente. El hombre echó a andar.

Anders pasó por delante de Craven sin verle siquiera. De repente, oyó una voz sarcástica a su espalda:

—Ahora estoy más seguro que nunca de que el oro de la colina del ahorcado no existió sino en su imaginación.

Anders se revolvió velozmente.

—¿Quién es usted? —gruñó.

—Él mismo que le oyó decirle a Koslar que, si no le acompañaba a la colina, revelaría sus ilícitas relaciones con la señora Hardane.

—¡Eso es mentira! —rugió Anders.

—Estamos hablando sin testigos. Nadie nos oye y yo no lo he divulgado, porque no lo puedo demostrar. Pero ambos sabemos que es cierto.

—Maldito entrometido…

—Me entrometo, porque usted odia a cierta persona a la cual aprecio bastante. Pero igual haría si se tratase de cualquier otro.

Anders, es una lástima que no se pueda probar que usted asesinó a Koslar.

—Yo no lo maté… Estábamos allí juntos, cuando…

Anders se interrumpió de pronto.

—Cuando, ¿qué, Anders?

El sujeto elevó la cabeza.

—No se lo diré —gruñó hostilmente—. Y no se le ocurra acusarme de ese crimen, porque le machacaré todos los huesos.

—Anders, después de Loretta —a Jessica Wolf no la mencionó siquiera—, la mujer más guapa de East Valley es Katie Hardane. Usted se sentía furioso porque Katie hubiera concedido sus favores a un sujeto torpe e insignificante como Harry. Por eso le asesinó.

Anders lanzó un rugido de ira. Disparó el puño derecho, pero Craven bloqueó el golpe sin dificultad aparente.

Acto seguido, hundió el puño derecho en el blando estómago de su oponente. Anders se curvó sobre sí mismo, lo que aprovechó Craven para golpearle en la nuca, tirándolo al suelo, completamente sin fuerzas.

Momentos más tarde, Anders se incorporó, jadeante, ebrio de ira.

—Te mataré —dijo—. Juro que te mataré.

—Si lo matas, no podrás encontrar el tesoro de la colina.

Anders se volvió bruscamente, asombrado por la presencia de un desconocido en sus inmediaciones.

—¿Qué está diciendo? —gruñó.

—Hay un tesoro en la colina, efectivamente, al pie del roble muerto. Cientos de monedas de antiguas libras esterlinas. Eso vale hoy día un millón, por lo menos.

Anders vaciló. La vista se le nubló.

Los efectos de los golpes le duraban todavía.

Cuando se recobró, el desconocido ya no estaba.

Anders sintió un súbito terror. ¿Aquel hombre, era el fantasma del ahorcado injustamente ciento noventa años antes?

* * *

—¿Cómo van sus investigaciones?

Craven se volvió, sorprendido. Enfrascado en la lectura de los libros de registro de la parroquia, no se había dado cuenta de la presencia de una persona ajena hasta que oyó su voz.

—Despacio —contestó sonriendo—. Jessica, parece mentira que, en una aldea tan pequeña, hayan podido nacer, casarse y morir tantas personas en doscientos años.

—Bueno, como usted ha dicho, son doscientos años. Es cierto que East Valley no tuvo nunca demasiada población; muchos emigraban ya en el siglo pasado, sin contar con los que murieron durante la rebelión contra los ingleses y la guerra de Secesión. Esto ha equilibrado siempre el censo, pese a lo prolífico de los matrimonios.

—Sí, es lo que estoy viendo. Pero, a pesar de todo son muchos nombres.

—¿Busca alguno en particular?

—Rittringham, Pearnell y Corley.

—Forman parte de la leyenda de East Valley —murmuró.

—A Rittringham lo ahorcaron injustamente, acusado de la muerte de Corley. Rittringham siempre sostuvo que había sido Pearnell el asesino, pero éste presentó una coartada, con dos testigos.

—¿Quién se lo ha contado, Buddy?

—La señora Halloway. Es mucho más simpática de lo que parece. Su aspecto predispone en contra, pero cuando se la conoce, resulta una persona encantadora.

—Es cierto —sonrió Jessica—. ¿No le ha dicho que es descendiente del juez que sentenció a Rittringham a morir en la horca?

—Sí, también me lo ha dicho, y se siente muy orgullosa de ello. No del hecho en sí, sino de conocer su ascendencia desde hace más de dos siglos.

—Es una aristócrata, aunque tronada, como todos nosotros.

—Vamos, Jessica…

—En East Valley somos muy presumidos, nos gusta alardear de conocer los nombres de nuestros antepasados. Por eso, quizá, nos sentimos un tanto hostiles contra el que se quiere establecer aquí, sin contar en la familia con algún antepasado que viviera anteriormente en la aldea.

—El caso de Loretta Philby, por ejemplo.

—Sí. Y le diré más todavía; sé que uno de mis antepasados, formó parte del jurado que condenó a Rittringham.

—Extraordinario.

—Es una tradición oral, mantenida a lo largo de generaciones. Pero yo no me siento culpable en absoluto de lo que hiciera aquel abuelo lejano.

—Es lógico.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta que ninguno de los miembros del jurado estaba seguro de que se celebrase un juicio justo.

—Lo que significa que emitieron un veredicto, tal vez presionados.

—Así parece, pero ¿quién puede saberlo, después de doscientos años? Bien, le dejo con su trabajo; dispénseme por haberle interrumpido.

—No hay de qué, Jessica.

La joven abrió la puerta y empezó a descender la escalera.

* * *

—No lo sé, ¿cómo podría saberlo, después de tantos años? Ni siquiera mi abuelo hubiera sabido decírmelo. Si el juez abrigaba alguna duda sobre las acusaciones formuladas al reo, lo habría condenado a una pena más leve. O tal vez habría dictado una sentencia de absolución, ¿no le parece?

Craven sonrió al escuchar las palabras de la posadera.

—Es evidente —convino—. Pero ¿qué sabe usted de la maldición que el reo lanzó sobre sus acusadores?

—Bueno, la leyenda dice que Rittringham maldijo, sobre todo, al verdadero asesino, y también a sus acusadores, y a sus descendientes… De modo que casi cabría hablar de una maldición general sobre la aldea y sus pobladores. Pero yo no he hecho nunca mucho caso de las leyendas.

—Usted es viuda.

—Sí, mi esposo murió hace un par de años. Pero ya tenía edad como para morir de una pulmonía, complicada con un fallo cardíaco. Yo ya ando por los sesenta y aquí no se sabe nada acerca

de muertes misteriosas de los que intervinieron en el juicio.

—El cadáver de Rittringham desapareció.

Sue Halloway lanzó una risita. Pese a su aspecto, era una mujer agradable y de entretenida conversación.

—Eso pasó hace ciento noventa años. Entonces eran muy supersticiosos —contestó—. Tal vez, algunos maliciosos, escondieron el cuerpo del ahorcado, para burlarse de los que, de un modo u otro, podían sentirse afectados por la maldición.

—¿Qué me dice del tesoro de Rittringham, señora?

—Habladurías de la gente, también. Si Rittringham mató a Pearnell, para casarse con su viuda y quedarse con su dinero y propiedades, ¿cómo iba a esconder una fortuna al pie del roble? No parece lógico, ¿verdad?

—¿Sabe dónde se originó esa leyenda?

—Hace algunos años, se la escuché a Anders. Hablé con él y me dijo que se la había contado su padre y a éste el suyo, es decir, el abuelo de Brook. Francamente, yo no creo en la existencia del tesoro.

—Es usted una mujer de todas prendas, señora Halloway —elogió—. Dispense que la haya entretenido tanto rato.

—De nada, muchacho; ha sido un gran placer. Usted no es como estos patanes que vienen a diario a mi taberna; ojalá tuvieran la décima parte de su cortesía y amabilidad.

—Exagera usted un poco, señora —contestó Craven, dando ya por terminada la conversación, que había estimado bastante fructífera.

Cuando se metió en la cama, pensó que todavía le faltaba mucho para llegar al fondo de la cuestión. El enigma, se dijo, no estaba solamente en los libros de registro parroquial, sino en las propias gentes de East Valley.

Y no todos serían tan locuaces y comunicativos como la buena señora Halloway.

Craven solía tener el sueño profundo. Por ello no se enteró de lo que sucedió aquella noche en la posada, a pocos pasos de distancia.

CAPÍTULO VIII

En cambio, la señora Halloway sí tenía el sueño muy ligero, consecuencia de la edad. De pronto, se despertó al oír el sonido de unos pasos que se acercaban a su cuarto.

Sentada en la cama, oyó el rumor de las pisadas, cada vez más próximas. Sue era más decidida de lo que muchos creían y no se amilanaba por historias de fantasmas y aparecidos.

—Para los espectros tengo yo un remedio absoluto, infalible —solía decir, cuando alguien le hablaba del particular.

El remedio estaba a la cabecera de la cama, apoyado en la pared. Sue alargó la mano, cogió la escopeta y levantó con el pulgar los dos martillos de los percutores.

La puerta se abrió. Una silueta alta y vestida con negros ropajes, apareció ante su vista.

Había muy poca luz, por ello, Sue no pudo ver las facciones del desconocido. Pero sí advirtió una soga con un lazo en una de sus manos.

—He venido a cumplir mi venganza —dijo el aparecido con acento sepulcral.

—¿Venganza? —repitió Sue.

—Eres descendiente del juez que me condenó a la horca, hace ciento noventa años. Yo he vuelto del otro mundo, para cumplir mi venganza. Tú morirás de la misma forma que me hizo morir tu antepasado.

—Anda, ya, fantasma. ¿Acaso tengo yo la culpa de lo que hizo aquel hombre? —contestó Sue despectivamente.

El aparecido dio otro paso. Entonces, la mujer disparó.

Retumbó una espantosa detonación. Atónita, Sue pudo comprobar, a través del humo que invadía la estancia, que el desconocido seguía en pie.

Se oyó una estrepitosa carcajada.

—Tus perdigones no han podido contra mí —dijo el aparecido, riendo infernalmente—. Me voy, pero ahí te dejo el lazo, para que recuerdes que un día u otro volveré para pasarlo en torno a tu cuello.

El espectro desapareció. Entonces, Sue lanzó un horrible alarido.

Craven sí había oído el ruido del escopetazo. También oyó el grito de la posadera. Terriblemente alarmado, saltó de la cama, se puso las zapatillas y una bata y corrió hacia la habitación de la señora Halloway.

Al llegar allí, vio a la mujer riendo demencialmente.

—Ha estado aquí, le he visto… Era Arnold Rittringham… —repetía una y otra vez, con los ojos fuera de las órbitas.

Craven fue a entrar en la habitación, pero entonces pisó algo que casi le hizo perder el equilibrio. Manoteó un poco, pero al fin logró estabilizarse.

Bajó la vista. Se estremeció al ver en el suelo una soga, con el clásico nudo corredizo destinado a los sentenciados a la horca.

Abajo sonaron fuertes golpes.

—¡Abran, abran! —gritaba Hortham, el alguacil—. ¡Abran o echaremos abajo la puerta!

Craven reaccionó. Era preciso que aquella pobre mujer recibiera los auxilios necesarios. Giró sobre sus talones y se precipitó escaleras abajo.

El alguacil y algunos vecinos más, entraron en tromba en la posada.

—Ella ha debido de soñar algo raro —dijo Craven.

—Está bien, vamos a ver —contestó Hortham.

Los hombres subieron al piso superior. Sue continuaba repitiendo las mismas frases.

—Rittringham ha estado aquí… Ha dicho que volverá… Ha dejado su lazo para ahorcarme otro día…

Hortham y los demás buscaron el lazo. Un vecino compasivo avisó al médico, quien tras reconocer a la mujer, diagnosticó que se hallaba bajo los efectos de una crisis nerviosa, producida por una pesadilla que había tomado por la realidad.

El galeno aplicó a Sue un fuerte sedante. A los pocos minutos, la mujer se tranquilizó.

—No sé cómo ha podido ocurrir una cosa semejante —dijo

Craven, mientras hablaba con el alguacil—. Por la noche, es cierto, comentamos algo de la historia de East Valley, pero la encontré muy escéptica. Ella dijo que no creía en leyendas de fantasmas y aparecidos…

—Eso es cierto —concordó uno de los vecinos—. Yo también se lo he oído decir en más de una ocasión. Sue aseguraba que para los fantasmas, la mejor medicina era una buena escopeta cargada.

—La cena le hizo daño y eso es lo que le produjo la pesadilla —sentenció otro.

La gente se marchó por fin.

Craven se quedó al fin solo en la posada, con la dormida propietaria. Mentalmente, se felicitó de la idea que había tenido de esconder el lazo antes de abrir la puerta de la casa.

En su cuarto, contempló silenciosamente la soga con su lazo. Lo había encontrado en el dormitorio de Sue, a pocos pasos de la cama. ¿Eran ciertas las afirmaciones de Sue, acerca de la visita del espectro de Arnold Rittringham?

Aquella noche, ya no pudo conciliar el sueño.

* * *

—Creo que la buena Sue les ha dado un susto de muerte —dijo Jessica.

—Imagínese —sonrió Craven—. No puede darse cuenta de lo que asusta el oír un escopetazo a media noche y ver luego a una pobre mujer, enloquecida de espanto.

—¿Cree usted que Sue vio el fantasma de Rittringham?

—¿Cree usted que el fantasma de Rittringham se aparece a las personas en East Valley?

—Yo no creería en una cosa así, pero después de lo que ha pasado…

—Sí, entran ganas de dar crédito a la historia que ha contado Sue. Pero, usted como yo, opina sin duda que fue un sueño demasiado vivo. Y, en cierto modo, yo tengo la culpa.

—¿Por qué, Buddy?

—Por la noche, después de cenar, estuvimos comentando la leyenda y lo que sucedió aquí hace ciento noventa años. Es posible

que Sue se durmiese, influenciada por la conversación, que surgió más tarde en su subconsciente y le hizo ver rosas que no existían más que en su imaginación.

—Es muy posible, en efecto —convino Jessica—. Bueno, no quiero molestarle más; usted tiene trabajo y yo debo atender a mi tía.

—Sí, hasta luego.

A media tarde, Craven tocó con los nudillos en la puerta del dormitorio de Sue.

—Adelante —oyó una voz débil e insegura.

Craven abrió. Sue, recostada en un montón de almohadones, le miró con expresión compungida.

—Siento terriblemente lo ocurrido —se excusó.

—Yo tengo la culpa, señora Halloway. Nunca debí suscitar el tema después de la cena. Ello, sin duda, influenció su mente…

—Señor Craven, por lo más sagrado le juro que no fue un sueño. Arnold Rittringham estuvo aquí y dijo que me iba a matar de la misma forma que él había muerto ciento noventa años antes. Incluso traía el lazo y lo dejó en el suelo, ahí, precisamente donde está usted. Yo le disparé dos tiros, pero los perdigones atravesaron su cuerpo, ya que era un espíritu etéreo. Se echó a reír, burlándose de mí, y desapareció.

—El fantasma dijo que era Rittringham, pero ¿cómo creerlo?

—Basta su palabra, ¿no le parece?

Craven miró a su alrededor. La escopeta estaba de nuevo junto a la cama, al alcance de la mano de su dueña.

—¿Puedo examinar el arma, señora? —preguntó.

—Oh, sí, por supuesto.

Craven se acercó al lecho y tomó el arma.

—¿Tiene municiones de repuesto? —preguntó.

—Sí, ahí, en el cajón de la mesilla.

Tras unos segundos de indecisión, eligió dos cartuchos al azar, que juntó con los otros.

—Voy a hacer una prueba, señora —sonrió—. La veré más tarde.

—Cuando quiera, muchacho. Y dispénseme el mal rato que le hice pasar.

—No se preocupe; lo importante es que se recupere. Ah, por favor, no crea en el fantasma.

—¡Pero lo vi, como le estoy viendo a usted!

Craven sonrió enigmáticamente.

—Buenas tardes, señora Halloway —se despidió.

Atardecía ya, cuando se dirigió a The Golden Girl. Quería hacer una prueba, pero no en su cuarto, sino en un lugar que le parecía más seguro.

Cuando llegaba a la taberna, oyó voces y gritos.

Una botella se rompió estrepitosamente. Craven aceleró el paso.

Loretta chilló. Alguien rió burlonamente.

El joven alcanzó la puerta. Desde la entrada, vio a tres o cuatro individuos, que reían de un modo estúpido, burlándose de Loretta, que aparecía inmóvil, pálida de rabia, tras el mostrador.

Anders estaba a un lado, contemplando la escena muy satisfecho. Era evidente que aquellos sujetos bebían a su cuenta, precisamente para que causaran estropicios en el local.

—¡Basta, basta ya, miserables! —gritó la joven, exasperada, cuando uno de los beodos rompió la segunda botella contra la estantería del otro lado del mostrador.

—Vamos, guapa, no te preocupes; sólo queremos divertirnos un poco…

—¿Es cierto que eres una bruja?

—¿Puedes echarnos una maldición?

—Quizá nos convierta en sapos, si seguimos aquí mucho rato.

Sonaron las risas, atronadoras, burlonas. Craven dio un paso hacia adelante.

Anders le vio y se puso rígido.

—Basta, chicos —ordenó.

—Eh, pero… si ahora es cuando empieza la diversión…

—¡Vamos, largo!

Los borrachos se volvieron. Entonces divisaron a Craven a pocos pasos de la puerta.

La embriaguez de aquellos hombres se disipó parcialmente. Algunos habían presenciado la primera pelea habida entre Anders y el forastero.

Anders sacó unas monedas y se las entregó a uno de ellos.

—Toma, Dave; para que te tomes el último trago con los demás —dijo—. Pero en la posada, por supuesto —añadió.

—La taberna de Sue está cerrada —alegó uno.

—Entonces, idos al diablo —barbotó Anders—. Vamos, fuera.

Con gesto ostentoso, Anders se quitó la chaqueta.

—Bien, forastero, me hubiera gustado tener testigos, pero no he querido que esos buenos chicos se quedasen. Alguno de ellos habría sentido la tentación de ayudarme y yo quiero zurrarle a usted solo, con mis propias manos.

—¡No, no deben pelearse! —gritó Loretta.

—¡Cállate, mujer maldita! —bramó Anders.

Y moviendo los brazos como aspas de malino, se abalanzó contra el forastero.

Pero lo que menos deseaba Craven era enzarzarse en una pelea a puñetazos con aquel detestable sujeto. Había ganado dos veces, no tenía la seguridad de ganar la tercera. Y aunque venciese, recibiría una serie de golpes nada agradables, cosa que debía evitar.

Lo consiguió. Una silla volteó en el aire durante una fracción de segundo. Casi en el acto, estalló en pedazos.

Fulminado por el silletazo, Anders se derrumbó al suelo como una masa inerte.

CAPÍTULO IX

Loretta exhaló un gran suspiro de alivio al ver el final rápido de la pelea.

—Lo celebro —dijo.

—No tenía ganas de enzarzarme a puñetazos con este bruto. Traiga un cubo de agua, por favor —pidió.

—Sí, al momento.

Anders sangraba ligeramente por un lado de la cabeza. Craven vio enseguida que era una herida sin importancia.

Craven lo arrastró por los sobacos, hasta sacarlo al exterior. Loretta llegó a poco con el agua.

—Tiene una escopeta, ¿verdad?

—Sí.

—Tráigala.

El agua hizo reaccionar a Anders. Se sentó en el suelo, masculló algo y luego, al ver las cosas con mayor claridad, lanzó un par de maldiciones.

—Enséñele lo que tiene en las manos, Loretta —dijo.

Ella apuntó a Anders con la escopeta.

—No vuelva más por aquí —exclamó—. Ni como cliente ni como amigo, cosa que, por otra parte, no ha sido nunca. El día en que le vea atravesar el umbral, dispararé la escopeta.

—Y con cartuchos cargados —añadió Craven.

Anders miró torpemente a los dos jóvenes. Luego, con las ropas empapadas en agua, se alejó dando tumbos.

Craven se dirigió hacia la puerta y tomó la escopeta de manos de la joven.

—No haga más caso de ese rufián —dijo.

—Entró con sus amigotes, dispuesto a armar gresca desde el primer momento. Él les hacía beber, pagaba el gasto sin regatear, pero no rompió una sola copa.

—Simplemente, se limitaba a azuzar a sus perros.

—Sí, a lo que es preciso añadir la serie de insultos que me dirigía constantemente…

De pronto, Craven echó algo en falta.

—¿Dónde está Jerry? —preguntó.

—Salió al atardecer. Dijo que iba a poner unas cuantas trampas, para cazar conejos. No había trabajo y no vi motivos para prohibírselo.

—Comprendo. Loretta, me gustaría hablar con usted de un tema.

—Sí, desde luego.

—Tráigame una navaja o un cuchillo de punta afilada, por favor.

Ella obedeció. Extrañada, vio que Craven se sentaba en una mesa, con dos cartuchos de escopeta en las manos.

Con la ayuda del cuchillo, Craven quitó el taco superior de uno de los cartuchos. Luego lo volcó. Un montoncito de polvo negro cayó sobre la mesa.

—Lo que me suponía —dijo el joven.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —preguntó ella, muy intrigada.

—¿Se ha enterado de lo ocurrido la noche pasada en casa de la señora Halloway?

—Sí, esos borrachos lo comentaban. Se rieron mucho…

Craven terminó de vaciar los restantes cartuchos.

—Alguien quiso burlarse de la señora Halloway —dijo al terminar.

—¿Por qué?

—Su antepasado fue el juez que sentenció a Rittringham. Un bromista se le apareció, diciendo que era el ahorcado y que ella moriría también ahorcada. Pero Sue es muy valiente y le disparó los dos cañones de la escopeta. Como no había perdigones, el intruso no recibió el menor daño. Entonces, ella se volvió loca.

Loretta hizo un gesto de horror.

—Pero ¿quién ha podido hacer una cosa semejante? —exclamó.

—Eso es lo que convendría averiguar —respondió él.

—¿Lo intentará usted?

Craven hizo un gesto ambiguo.

—No me esforzaré demasiado. En cierto modo, tengo otras cosas más importantes que hacer —respondió.

—¿Cómo se imaginó usted que la supuesta visión de Sue era

real?

—Los perdigones atraviesan a los fantasmas. O deben atravesarlos, al menos —sonrió Craven.

—Creo que entiendo —dijo—. Usted no halló señales de perdigones en la pared ni en la puerta.

—No, pero lo mejor de todo es que encontré el lazo. Lo he escondido y me cabe la duda de si realmente el sujeto que fingió ser Rittringham quería asesinar a la señora Halloway o sólo pretendía asustarla.

—En el primer caso, ¿por qué iba a asesinarla?

—Loretta, yo pienso a veces si todo lo que ocurre tiene alguna relación con el tesoro de la colina. Suponiendo que también sea algo real.

—Yo no veo esa relación…

—A decir verdad, yo tampoco, pero, en el fondo, creo que ese tesoro es el móvil de muchas acciones de la gente de East Valley.

Fowland apareció de pronto en la puerta.

—Buenas noches, señorita… Buenas noches, señor Craven —saludó—. Dispense que venga tan tarde, pero me entretuve…

—No tiene importancia, Jerry —sonrió la muchacha—. ¿Ha puesto las trampas?

—Sí, mañana, al amanecer, espero tener carne fresca de conejo —respondió Fowland.

* * *

—¿Qué opina usted de la pesadilla de Sue Halloway? —preguntó Jessica.

Craven sonrió.

—Es una mujer de edad —contestó—. Su sueño es muy ligero, aunque a veces, esas mujeres, que ya bordean la ancianidad, faltas de un objetivo, se refugian en concederse pequeños caprichos, como, por ejemplo, comer en demasía.

—Y usted cree que la cena le hizo daño.

—Sí, es mi opinión sincera.

—Yo también lo creo así —manifestó—. Señor Craven…

—¿No habíamos quedado en que me llamaría Buddy?

—Dispénseme, Buddy, lo había olvidado —dijo—. Lo que le quería decir es que me gustaría muchísimo invitarle a tomar el té una tarde conmigo, pero mi tía tiene un genio muy raro y no quiero que se irrite.

—Sí, comprendo. Pobre señora, debe padecer enormemente, atada al lecho por su dolencia…

—Así es —suspiró Jessica.

—Y usted deja que su belleza y su juventud se marchiten, al lado de su tía. ¿Qué hará, el día que se presente el hombre del que se enamorará en un instante?

—Ese hombre no ha aparecido todavía, pero el día en que llegue… tomaré una decisión —contestó la muchacha.

Aquella noche, cuando Sue dormía, Craven, sigilosamente, entró en su dormitorio sin hacer el menor ruido. Al cabo de unos minutos, volvió a salir.

Luego fue a su cuarto. Sin encender la luz, tomó una silla y se sentó junto a la puerta, que dejó entreabierta.

El tiempo transcurrió lentamente. Craven desesperaba ya de que su gesto diera resultados positivos, cuando, de pronto, creyó percibir el crujido de una tabla en la escalera.

Se frotó los ojos. Alguien subía.

Instantes más tarde, divisó la silueta de elevada estatura, que se dirigía al cuarto de la anciana. El hombre llevaba en la mano una soga.

Craven abrió la puerta un poco más.

—Los cartuchos que hay esta noche en la escopeta de la señora Halloway tienen perdigones —dijo a media voz.

El hombre se sobresaltó espantosamente. Miró hacia la derecha y luego, de repente, echó a correr.

Craven se precipitó en su persecución. El individuo se dirigía hacia la puerta posterior. Craven consiguió darle alcance.

—Quieto, amiguito —dijo.

El hombre forcejeó. Craven oprimió sus brazos.

—Usted no es el fantasma de Rittringham, sino un ser de carne y hueso —dijo—. ¿Por qué está aquí?

—Es… espere un momento… Se lo diré…

—Hable, pronto.

—Soy Dave Cross. Me ordenó que viniera a asustar a la vieja…

—¿Quién le dio esa orden?

Súbitamente, con un gesto por completo inesperado, Cross se revolvió y empujó al joven con gran violencia. Sorprendido, Craven se tambaleó y cayó al suelo. Cross aprovechó la ocasión y escapó.

Craven se puso en pie. Salió a la calleja posterior, pero Cross se había perdido ya de vista.

El hombre seguía corriendo. De repente, una sombra se alzó ante sus ojos.

—Detente.

—Me persiguen… —jadeó Cross.

—Sí, lo sé, pero ven conmigo. Estarás más seguro.

Cross se tranquilizó. Tardó unos minutos al darse cuenta de que su acompañante le conducía colina arriba.

—Pero ¿adónde diablos vamos? —gritó.

El otro se volvió, enseñando los dientes en una horrible sonrisa.

—A eso precisamente, a ver al diablo —contestó.

Cross quiso gritar. Una mano de fuerza indescriptible le tapó la boca.

Aquella fuerza era irresistible. Cross se sintió arrastrado como una hoja seca por el vendaval. Momentos después, se hallaba al pie del roble muerto.

Algo duro y áspero pasó alrededor de su cuello. Cuando se dio cuenta de lo inevitable de su suerte, Cross empezó a gritar.

Pero sólo consiguió emitir un leve gemido, que se confundió con el gañido del cáñamo al rozar con la rama, cuando las manos que sostenían la cuerda tiraron del otro extremo.

CAPÍTULO X

Un zumbido de abejas furiosas despertó a Craven. El joven tardó algunos segundos en darse cuenta de que eran los murmullos de la gente.

Vistióse rápidamente. De pronto, alguien golpeó fuertemente la puerta de su cuarto.

—¡Señor Craven!

El joven abrió. Sue Halloway estaba frente a él, con el rostro demudado y muy pálida.

—Pero ¿cómo? ¿Está ya levantada?

—Me encuentro mejor. Pero eso ya no tiene importancia. Señor Craven, hay un ahorcado en la colina maldita.

Craven respingó. Sue abrió la puerta de su cuarto frontero, que daba a la parte posterior, desde la cual se divisaba la colina.

—¿Quién es? —preguntó.

—Dave Cross.

—¡Cross! —repitió el joven maquinalmente.

—¿Lo conocía usted?

—Hace dos noches, aunque indirectamente, tuve algo que ver con él —respondió Craven—. ¿Se sabe quién es el asesino?

—Siempre he sido una mujer escéptica, pero ahora creo que voy a tener que admitir muchas cosas —respondió—. Uno de los antepasados de Cross formó parte del jurado que condenó a Rittringham.

Craven miró sorprendido a la anciana.

—Y usted cree que…

Sue asintió repetidas veces.

—El fantasma del ahorcado. Está en la comarca, entre nosotros…

—Señora Halloway, venga conmigo, por favor.

Craven llevó a la mujer a su cuarto.

—Mire la puerta, mire la pared en torno a ella. ¿Dónde están los impactos de los perdigones?

Sue se sentía estupefacta.

—No hay ninguna señal.

—Porque alguien entró en su dormitorio y le puso cartuchos de pólvora sola, en la escopeta y en la caja de repuesto.

—¿Quiere decir que alguien trató de burlarse de mí?

—Sí. El que lo hizo, sabía el riesgo que corría de recibir una doble perdigonada. Por eso fingió ser el espectro de Rittringham. Usted actuó tal como ese individuo esperaba que actuase.

—Pero, en tal caso, ¿con qué objeto?

—A eso ya no puedo responder —dijo—. Una cosa es cierta; yo escondí el lazo del supuesto fantasma aquella misma noche. Lo tengo en mi habitación en una maleta cerrada con llave. ¿Quiere verlo?

Sue se estremeció.

—No, por Dios —exclamó—. Entonces, usted opina que no ha habido tal fantasma y que Cross ha sido asesinado por un ser vivo.

—Asesinato o suicidio, no lo sé; pero, en tal caso, el fantasma de Rittringham no ha tenido nada que ver en este asunto. Los muertos no salen de sus tumbas, señora, pese a la creencia de la gente.

—No sé qué decirle —murmuro Sue.

—Yo sí, y todavía no he acabado. Anoche, poco antes de las doce, Cross pretendía repetir el numerito del fantasma.

Sue tenía la boca abierta de par en par. Tranquilamente, sin prisas, Craven le explicó todo lo que había ocurrido durante la víspera.

* * *

El cadáver de Cross fue descolgado, se le hizo la autopsia y el médico permitió su enterramiento. El *sheriff* de Slattery indagó cuanto le fue posible, sin resultados. Al final, hubo un veredicto de suicidio.

Sólo Craven sabía que se trataba de un asesinato. Pero no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Loretta.

Unos días más tarde, Craven tuvo la idea de recorrer el

cementerio de East Valley, situado en la parte posterior de la capilla. Al cabo de un rato, encontró una lápida, en uno de sus rincones, que le hizo dudar de la bondad de su visión.

Esculpida en la piedra, aunque un tanto borrosa a causa del paso de los años, había una inscripción:

ARNOLD K. RITTRINGHAM
Muerto en la horca,
acusado injustamente de un crimen que no cometió.
1752 - 1784.
Rogad a Dios por el alma de este inocente.

—¿Le extraña encontrar esa lápida?

Craven se sobresaltó. Al volverse, divisó a Jessica parada a pocos pasos de distancia.

—No le habré asustado, supongo —sonrió la joven.

—Me ha sorprendido, simplemente. No la oí llegar, claro que la hierba es muy abundante…

—El cementerio está descuidado. Casi no se ocupan de él.

—Comprendo.

—Le vi desde una de las ventanas de mi casa y decidí charlar un rato con usted. Si no le molesta, desde luego.

—No es molestia alguna, sino todo lo contrario. Pero debo manifestar que me siento muy sorprendido por encontrar la lápida en la sepultura de un hombre que, según la leyenda, no pudo ser enterrado.

—Sí, eso es lo que dice la leyenda, y también la realidad.

—¿Cómo lo sabe?

—Hace bastantes años, hubo un pastor curioso en la parroquia, precisamente el último que tuvimos. El buen nombre estaba muy enterado de todo lo que había sucedido en East Valley. Un día tuvo la ocurrencia de excavar en la tumba de Rittringham.

—¿Y…?

—No había nada, sólo tierra. Ni siquiera restos del féretro.

—Lo cual parece confirmar la leyenda.

—Da pie a que se crea un poco más en ella, ¿no le parece?

—Por supuesto. ¿Qué piensa usted personalmente de todo este asunto?

Jessica se atusó el cabello con gesto lleno de gracia.

—Soy un poco supersticiosa —contestó.

—Entonces, no admite el veredicto de suicidio, dictado en la muerte de Cross —dijo Craven.

—No. Buddy, hay fuerzas sobrenaturales que existen y actúan, aunque nosotros no creamos en ellas. Eso es algo que debemos admitir, por mucho que nos disguste e incluso repugne.

—Tal vez tenga usted razón.

—Usted es un incrédulo en este aspecto.

Craven no pudo contestar. Alguien llamaba a la chica:

—¡Señorita Jessica!

—Dispense, Buddy —pidió ella.

Y se alejó, para reunirse con el hombre que la aguardaba a unos pasos de distancia.

Craven encendió un cigarrillo. Al cabo de unos momentos, oyó una exclamación de la joven:

—Lo siento, tendrá que pensárselo mejor. Es demasiado dinero.

Jessica volvió la espalda al individuo y regresó junto a Craven.

—Era Morgan MacLey. Está aterrado y quiere marcharse de la población. Pretende venderme su casa y sus tierras, pero pide una cantidad exorbitante —explicó, con la sonrisa en los labios.

—De modo que hay gente que pretende abandonar la aldea —dijo Craven.

—Sí, y MacLey no es el único en pensar de ese modo —contestó Jessica.

* * *

—¿Cómo puede la gente ser tan crédula, Loretta?

La botella tintineó levemente cuando el gollete tocó la copa.

—Son doscientos años padeciendo la opresión de un acto injusto —dijo Loretta—. Condenaron y ejecutaron a un inocente. Un hombre lo acusó y el juez lo sentenció, pero el jurado dictó veredicto de culpabilidad, aprobado por el pueblo. El peso de la maldición de Rittringham cayó entonces sobre East Valley y los descendientes de aquellas gentes no han podido librarse de esa condena, proferida por el condenado en el momento de la ejecución.

—Tal vez, aunque yo creo que hay causas más… terrenales y nada sobrenaturales —alegó Craven.

—A veces, yo también lo pienso así. Pero cuando recuerdo a Cross, colgado del roble muerto, cuando recuerdo a Harry Koslar, creo que algo que no es de este mundo, ha tenido intervención en sus muertes.

Jerry Fowland barría silenciosamente. Craven le miró un instante. El rostro del empleado no mostraba la menor emoción.

—Loretta, me perdonará que la contradiga, pero yo sigo pensando de la misma manera —dijo el joven.

—A su gusto —sonrió ella—. Eh, todavía no ha probado el licor de su copa.

Craven la alzó.

—A su salud.

—Gracias. Deséeme también suerte, Buddy.

—¿Por qué?

—Estoy pensando en vender el local. Es mi ruina. Mis fondos se agotan.

—¿Quién se lo va a comprar?

Loretta se encogió de hombros.

—Buscaré alguien que se arriesgue a tener una taberna, a doscientos pasos de un monte maldito.

—Es una lástima. Si no fuese por la leyenda, East Valley resultaría un paraje encantador.

—La colina del ahorcado es como una montaña gigantesca, cuya sombra maléfica se proyecta sobre la aldea. Si tuviera dinero, contrataría unas cuantas máquinas y haría explanar ese terreno.

—No hará falta —dijo él, sonriendo—. Un día cesará la maldición.

—¿Cuándo, Buddy?

Craven hizo un gesto. Apuró la copa y se puso en pie.

—Volveré mañana, si le parece —se despidió.

—Encantada —contestó Loretta.

Craven regresó a la posada. Allí, la señora Halloway le hizo una confesión sorprendente.

—Creo que voy a vender la posada —dijo.

CAPÍTULO XI

Estaba terminando ya el último de los libros de registro de la parroquia. Prácticamente, tenía el caso resuelto, al menos en lo que se refería a la genealogía de todos los habitantes de la aldea, a partir de la ejecución de Arnold Rittringham.

Estaba un poco cansado. Maquinalmente, empujó el enorme libro hacia adelante.

El libro chocó contra la pared de madera. Una de las tablas crujió.

Craven se disponía a encender un cigarrillo. El ruido le llamó la atención.

Poniéndose en pie, alargó la mano y tocó la tabla. Estaba muy debilitada, prácticamente, era un poco de serrín, con la cubierta exterior.

Los insectos habían carcomido la madera. Craven no tuvo dificultad alguna en romperla.

Entonces vio al otro lado un hueco, en el que aparecían varios libros de gran tamaño. Otro, mucho más próximo, estaba caído sobre la estantería.

Craven alargó la mano y extrajo el libro, con pastas de una piel que se había vuelto ya oscura, casi negra, con el paso de los tiempos. Probablemente, el libro había sido encuadernado con piel de cerdo o de caballo.

Olía a moho y a cosa antigua, pero parecía bien conservado. Con unos cuantos golpes, aplicados cuidadosamente, a fin de no dañar su estructura, le quitó el polvo. Luego levantó la tapa.

La tinta en que habían sido escritas las palabras de la primera página tenía ya un tinte rojizo, debido a la oxidación de sus componentes durante tantos años. Pero a pesar de que sus caracteres eran un tanto alambicados y adornados con toda clase de rasgos y floreos, Craven pudo leer perfectamente la inscripción:

DIARIO
del reverendo Jonathan MacNabb.
Empieza el 5-2-1769.

Debajo de dicha inscripción, una mano distinta había agregado otra:

El reverendo J. MacNabb falleció el 12-8-1791.

Craven sintió una vivísima emoción al leer aquellas páginas. Tal vez el pastor de East Valley había empezado su diario mucho antes; aquellas dos fechas cubrían un período de veintidós años, y puesto que se sabía había fallecido a una edad relativamente avanzada, era de suponer que hubiese otros volúmenes con las impresiones de MacNabb. Pero aquél era precisamente el que le interesaba a Craven, el diario en el que, inevitablemente, debía figurar algún dato sobre la ejecución de Rittringham.

Casi le temblaban las piernas. Tenía en la mano un libro con las impresiones de un testigo de aquel suceso. Meticuloso y ordenado, el reverendo MacNabb no habría dejado de anotar los detalles de lo ocurrido aquel fatídico día. Además, era muy posible, casi seguro, que el pastor hubiese prestado al reo los auxilios espirituales de última hora. Algo, sin duda, habría escrito el pastor, sobre todo, teniendo en cuenta que no habría confesado al reo de acuerdo con las normas católicas, porque era de suponer, ya que el pastor era anglicano, que Rittringham perteneciese también a su misma religión.

El secreto de confesión, por tanto, no existía en aquel caso. MacNabb podía haberse reservado para sí las últimas declaraciones del condenado; quizá había guardado el secreto de lo que Rittringham le dijo… pero cabía la posibilidad de que aquel secreto estuviese reflejado en el diario.

«Jessica debía saberlo», se dijo inmediatamente.

Era un deber de cortesía, no sólo porque la vieja sacristía comunicaba con la antigua librería de la rectoral, sino porque a la joven también podía interesarle el contenido del diario.

Craven procuró contener la excitación que sentía. Abandonó la sacristía, descendió a la capilla y salió a la calle, instantes después,

llamaba a la puerta de la casa de Jessica.

Nadie le contestó. Tiró del cordón de la campanilla un par de veces más y en ambos casos obtuvo el mismo resultado negativo.

Craven consideró que existía la suficiente confianza entre ambos para entrar sin llamar. Hizo girar el pomo, abrió la puerta y empezó a subir la escalera que conducía al primer piso.

—¡Jessica! —llamó.

La joven no contestaba. En la sala, Craven examinó la estantería. Los libros, grandes, volúmenes encuadernados *in folio*, llegaban hasta la tabla del estante superior, impidiendo prácticamente, por tanto, ver lo que había al otro lado.

Craven sacó un libro. Sí, allí se veía el hueco abierto en la tabla carcomida. Dejó el libro en el mismo sitio y se acercó a la puerta de la habitación contigua.

Era un dormitorio, estaba limpio, ordenado y vacío.

Encontró en la casa dos dormitorios más, todos en análogas condiciones.

Craven se sintió tremendamente perplejo.

¿Dónde estaba la tía enferma de Jessica?

Había más habitaciones en la planta baja. Tal vez ocupaba, alguna de ellas; a Jessica podía resultarle más conveniente atenderla en aquel lugar.

Abandonó el primer piso. Encontró la cocina, un cuarto trastero y otro completamente vacío, además de la sala que era más bien un vestíbulo. Pero no había ningún otro dormitorio.

Lleno de asombro, y extrañeza, abandonó la casa y volvió a la parroquia. Un sentimiento instintivo le hizo colocar los libros de registro sobre el hueco de la tabla, en posición vertical. Era una cosa natural, que no extrañaría a nadie y, de este modo, impediría que nadie más viese el agujero. Momentos más tarde, salía de nuevo de la capilla. Mientras caminaba en dirección a la posada, se preguntó si Jessica habría leído el diario.

* * *

—¿Conoce usted a Jessica Wolf?

Loretta arqueó las cejas.

—Es una muchacha muy hermosa —dijo.

—Eso no contesta a mi pregunta —sonrió Craven.

—No he hablado nunca con ella, aunque tampoco tengo motivos de queja. Jessica y yo nos hemos cruzado por la calle en alguna ocasión y siempre me ha saludado con simpatía, aunque sin dirigirme la palabra. Pero ésa es la única relación que hay entre las dos.

—Sin embargo, usted conocerá algunos detalles de su vida.

—Por supuesto. Mis clientes pueden ser pocos, pero a la larga, durante casi un año, una acaba por oír cosas.

—¿Y…?

—La tía de Jessica se hizo cargo de ella cuando sus padres murieron, hará unos siete u ocho años. Desde entonces, Jessica ha vivido en la antigua casa rectoral.

—La tía está enferma, poco menos que impedida, creo.

—Sí, eso es lo que dice la gente. Hace ya muchos meses que no sale a la calle. El reúma la tiene postrada en cama. A Jessica la quieren mucho en East Valley, todos saben cuánto se sacrifica por su anciana tía y piensan que no es justo que una muchacha tan linda viva poco menos que en clausura.

—Usted también lo piensa así, ¿no es cierto?

Loretta asintió. Había malicia en su mirada.

—Le gusta Jessica, ¿eh?

Craven hizo un gesto ambiguo.

—Es muy guapa —contestó evasivamente.

Se puso en pie.

—Volveré a verla en otro momento. Ah —exclamó de pronto—, se me olvidaba una cosa.

—Dígame, Buddy.

—Usted ha dicho que quiere vender el local.

—Sí. Empiezo a hartarme ya. Este negocio no tiene perspectiva.

—¿Qué hará cuando se marche de East Valley?

Loretta suspiró.

—Es una lástima —dijo—. Un lugar tan encantador… con el buen tiempo, claro. Si no fuese por las cosas que han ocurrido, resulta agradable vivir aquí, lejos de la algarabía y la agitación de las grandes ciudades. El tiempo parece casi detenido y… Hasta hacé muy pocos días, créame, no había dormido tan bien desde que era

una niña y no tenía preocupaciones.

—Y ahora tendrá que marcharse y trabajar en…

—Buscaré un empleo, es todo lo que puedo decirle.

—¿Le han hecho proposiciones de venta en alguna ocasión?

—Sí, un par de veces.

—¿Quién es el interesado comprador?

—Brook Anders.

Era una respuesta que a Craven no extrañó en absoluto.

* * *

—Señora Halloway, ¿conoció usted a la tía de Jessica Wolf?

—Sí, por cierto. Hubo un tiempo en que éramos muy amigas —contestó la posadera.

—Y ahora ya no…

—La enfermedad ha vuelto a Edith muy rara. Ya no quiere que la visite nadie y sólo tolera a su sobrina.

—Es decir, usted intentó verla…

—Jessica me dijo que Edith estaba un poco mal de los nervios, debido a la enfermedad. Siempre fue un poco rara, me refiero a Edith, claro está; pero ahora, al tener que quedarse en cama, sus rarezas se habrán exacerbado. Es lógico, ¿no le parece?

—De modo que Edith Wolf contrajo un reúma muy pernicioso y acabó siendo una inválida.

—Sí, las piernas no le funcionaban bien… Pobre mujer. No es tan vieja, tiene cinco años menos que yo… Pero ya se sabe, eso del reúma…

—Sí, ataca a jóvenes y a viejos imparcialmente —sonrió Craven—. Por favor, dígame, ¿cuándo vio usted a Edith por última vez?

Sue respingó.

—¿Por qué me pregunta eso, muchacho?

—Oh, mera curiosidad, señora Halloway.

—Bueno, yo diría que hace cuatro semanas, tal vez cinco; desde luego, antes de que usted viniera a East Valley.

—Y el médico, ¿no la visita?

—Se hartó de sus desplantes y dijo que ya no volvería más que para extender el certificado de defunción. Últimamente, Edith se

había vuelto insoportable. No sé cómo esa pobre chica aguanta tanto.

—Su sobrina Jessica, ¿verdad?

—Sí, es un ángel. No sé si yo sería tan paciente como ella, créame.

—Sí, hay que ser paciente para atender a una enferma de esas cualidades. Señora Halloway, ¿sigue pensando en vender la posada?

La mujer asintió.

—Me iré a vivir con mi hermana, que reside en Maine —contestó—. Estableceré una pequeña renta con lo que me den por la posada, más algunos bonos del Gobierno que me dejó mi difunto esposo, y tendré suficiente para vivir. No soy demasiado exigente, muchacho.

—Es usted una mujer estupenda, señora —sonrió Craven—. Pero ¿por qué vende? ¿Tiene miedo del fantasma de Rittringham?

Sue se puso seria.

—Tengo miedo de morir de una manera horrible —contestó—. Soy descendiente del juez que condenó a Rittringham y su fantasma vendrá a buscarme algún día.

—Pero, señora, ¡usted no creía…!

—Empiezo a cambiar de opinión —respondió Sue—. Sobre todo, después de la muerte de Cross. Y si Brook Anders me hace una oferta mejor, venderé inmediatamente.

CAPÍTULO XII

—Quiero hablar con usted, Jerry —manifestó Craven.

—Sí, señor —contestó Fowland impasiblemente.

—Necesito que me ayude. ¿Es usted un hombre animoso?

—No me asombro de nada. Tampoco tengo miedo a nadie, al menos, mientras el otro y yo, quienquiera que sea, estemos en las mismas condiciones, señor.

Craven emitió una ligera sonrisa.

—Lo que le voy a pedir, quizá, es ilegal. Bueno, sin quizá, pero si actuamos con discreción, nadie se enterará. Por supuesto, no se trata de dañar a ninguna persona; yo no haría jamás tal cosa.

—¿De qué se trata, señor Craven? —preguntó Fowland, sin variar de expresión.

Craven bajó la voz y dio su respuesta. Por primera vez en todo el tiempo, Fowland pareció sorprenderse, aunque se rehízo casi en el acto.

—Está bien, señor. Iré con usted. ¿A qué hora?

—Le espero en la esquina noroeste después de la medianoche. Usted puede encontrar alguna palanca, es decir, una buena barra de madera…

—¿Hará falta una pala?

—No, no creo, Jerry.

—Bien, señor. Esta noche, después de las doce.

Craven regresó a la mesa. Loretta apareció a los pocos momentos.

—Hola —saludó alegremente.

—¿Cómo se encuentran esos ánimos? —preguntó el joven.

—Lo mismo, al menos, en lo referente al negocio.

—¿No mejoran la oferta?

—No.

—Le voy a dar un consejo, Loretta.

—Dígame, por favor.
—No venda.
—Pero mi situación empieza ya a hacerse crítica… Ni siquiera puedo pagar a Jerry… Claro que es un tipo estupendo; el otro día le di unos dólares para ropa y me rechazó el dinero, diciendo que ya tenía bastante con lo que lleva puesto y que no quería ser una carga para mí. Jerry es magnífico, un ayudante estupendo, honrado, laborioso… y se contenta con la comida y el alojamiento. Me gustaría prosperar, aunque sólo fuese por pagarle un sueldo, pero el negocio va a peor cada día que pasa. La muerte de Cross lo ha trastornado todo.
—Y ya ni quisiera la gente viene aquí por el día.
—Hoy he tenido un cliente. Un viajante de comercio, que se detuvo para tomar una taza de café. Importe, veinte centavos; propina, cinco. Fue a los aseos y se llevó una toalla nueva. Pérdidas, dos dólares veinticinco. La toalla me había costado dos y medio —dijo Loretta amargamente.
—Un desaprensivo —rezongó el joven—. Ojalá se le pinchen dos ruedas por lo menos, a quince kilómetros de la estación de servicio más próxima.
Ella se echó a reír.
—Déjelo, no merece la pena —exclamó—. En otro sentido, me siento mucho mejor.
—¿Qué sentido, Loretta?
—No sea curioso —contestó la joven con fingida aspereza—. ¿Sabe que hay ya cinco o seis vecinos que han vendido sus propiedades?
—A Anders, supongo.
—Sí, claro. Ese tipo se va a hacer dueño del pueblo, a poco que nos descuidemos.
—¿Tiene tanto dinero como para comprar media docena de casas y varios terrenos?
Loretta se encogió de hombros.
—Debe tenerlo, supongo. Pero la oferta que me ha hecho por la taberna es muy baja. Quiero que suba y entonces venderé —manifestó.
—La gente cree que la maldición del fantasma se está realizando ahora —dijo Craven.

—Sí —respondió ella lacónicamente.

—¿Usted también cree en el fantasma?

—Hay cosas sobrenaturales, en las que es preciso creer. Pero no en ésta, aunque si los demás creen y mi negocio no prospera, ¿qué puedo hacer yo? —dijo Loretta con acento de desesperación.

* * *

—El descendiente de Pearnell está en la aldea.

—Lo sé —contestó Rittringham.

—¿Por qué no lo has matado todavía?

—Es soltero. Debe tener hijos.

—Está peligrosamente cerca de la descendiente de su víctima.

—También lo sé.

—Entonces, haz algo…

—¿Por qué no lo haces tú? ¿No eres casi omnipotente?

—No te burles de mí, Arnold Rittringham. Nunca he tolerado burlas, ¿te enteras?

—Todavía no es seguro que se casen los descendientes de Rittringham y de su víctima.

—Están en las mejores condiciones para ello y tú lo sabes. ¿Es que te has cansado ya de vivir?

—Tal vez.

—Es curioso. Si ahora matases a Craven, tú podrías seguir viviendo todavía muchísimos años, tal vez otro siglo.

—Tal vez —repitió Rittringham.

El diablo le amenazó con un índice de fuego.

—No trates de burlarte de mí o lo pasarás mal —dijo—. Hicimos un pacto; yo cumpliré mi parte, mientras tú cumplas la tuya.

—La cumpliré.

El diablo se marchó, envuelto en una nube de humo sulfuroso. Jerry Fowland arrugó la nariz.

Un comentario irónico brotó de sus labios:

—¿Por qué ha de seguir aferrado a sus antiguas tradiciones? Debería dejar un olor más agradable al marcharse, en lugar de esa hediondez.

Abrió la ventana unos minutos. Luego, cuando la habitación se

hubo ventilado, cerró y se dispuso a salir.

Un cuarto de hora más tarde, en medio de una noche cerrada, sin luna, estaba en el cementerio.

Una sombra se alzó ante él.

—¿Jerry?

—Sí, señor.

—Por aquí, venga, hágame el favor.

Craven disponía de una potente linterna, cuyo foco había tapado con un trozo de paño negro, dejando solamente un diminuto agujero. La casa rectoral estaba a oscuras, silenciosa.

Momentos después, llegaban a una tumba, que Craven alumbró con la lámpara. El joven estimaba que Jessica no se enteraría; el cementerio era pequeño, pero había unos sesenta o setenta metros desde la tumba a la casa. Durante el día le había visto, aunque suponía que por casualidad. Pero ahora sabía que ella dormía en una de las habitaciones que daban a la calle, en el lado de la casa.

—Esta es la lápida, Jerry —indicó Craven—. Hemos de levantarla, desplazarla a un lado y ver lo que hay debajo.

Fowland asintió. En su rostro no se reflejó ninguna emoción al ver la lápida encargada por él casi dos siglos antes.

—Además, he traído algunas cuerdas —dijo el joven.

—Buena idea, señor.

Craven se puso de rodillas y separó un poco de tierra debajo del borde de la lápida, en el lugar donde deberían hallarse los pies de la persona allí enterrada. Luego hizo una seña.

Fowland introdujo la palanca poco a poco. Craven tenía la cuerda preparada.

Se oyó un leve crujido. La palanca era una barra de madera, de diez centímetros de grosor, fuerte y resistente.

Segundos después, la lápida se separó unos centímetros del suelo.

—Manténgala así, Jerry.

Craven pasó la cuerda por debajo de la lápida, dejando a ambos lados un trozo de casi dos metros de largo. Luego se puse en pie.

—La levantaremos entre los dos —dijo.

Fowland asintió. Aflojó la palanca y se situó junto a uno de los cabos. Craven tenía el otro.

Los dos hombres hicieron fuerza al mismo tiempo. Craven se dio

cuenta de que Fowland poseía una musculatura excepcional.

Al cabo de unos minutos, la lápida quedó a un lado. La oscura silueta de un ataúd, que era más bien un cajón de madera de forma alargada, y que ni siquiera había sido pintado de negro, apareció ante los ojos de los dos hombres.

—Esa madera debía de ser muy resistente, cuando no se ha podrido con el paso de casi doscientos años —comentó Fowland.

—Jerry, usted no es tonto. Demasiado sabe que el cadáver que hay aquí no es el de Arnold Rittringham.

—¿Quién es el muerto, señor?

—Ahora lo sabremos. —«Mejor dicho, lo confirmaremos», pensó el joven.

La tapa del ataúd estaba simplemente claveteada. Con una palanca plana, Craven hizo saltar los clavos, muy lentamente, a fin de evitar los menores ruidos.

Un horrible hedor brotó del ataúd a los pocos momentos. Craven se dio cuenta de que sus presentimientos estaban a punto de convertirse en macabra realidad.

—La linterna, Jerry —pidió.

Fowland se la entregó. Él mismo levantó la tapa del féretro.

Craven se sintió en el acto acometido por un horror indescriptible y no precisamente a causa del olor a putrefacción que inficionaba el ambiente. Durante unos segundos, muy pocos, mantuvo la luz de la lámpara sobre el deformado rostro del cadáver.

Era una mujer, sus ropas lo indicaban sin lugar a dudas. En el centro de la frente se veía la espantosa grieta de una enorme herida, que llegaba desde el pelo hasta la nariz. Manchas de sangre podían advertirse todavía, a pesar de las semanas transcurridas desde la muerte, en el amarillento rostro de Edith Wolf.

La habían matado de un hachazo, enterrándola a continuación en una tumba que siembre había estado vacía.

Craven movió la cabeza. ¿Qué mejor lugar que la sepultura de Rittringham para enterrar a la víctima de un crimen?

Cualquier otra tumba habría levantado inmediatamente sospechas entre los habitantes de la aldea. Pero nadie se acercaba jamás a la tumba del ahorcado.

—Jerry, tenemos que dejar todo tal como estaba —dijo Craven.

—Sí, señor —contestó el hombre con voz opaca.

CAPÍTULO XIII

Loretta se sintió estremecer de horror al conocer la noticia al día siguiente.

—¿Por qué la asesinaron? —preguntó.

—Tal vez era un estorbo.

—Pero… no acabo de entenderlo. La casa rectoral era de Edith.

—Sí.

—Entonces, el asesino no puede heredar a su víctima.

—Hay otra forma de conseguir los bienes de la víctima.

—¿Cómo?

—Donación.

—Sí, es una acción que se puede hacer en vida. Pero el asesino no podrá demostrar nunca que Edith está muerta.

—Quizá algún día la hagan emprender un viaje.

—¿Cómo?

—Es muy probable que Edith tenga parientes en alguna parte. Un día, saldrá de la rectoral, alguien la verá subir a un coche y eso será todo. Por supuesto, otra persona tomará el aspecto de Edith.

—Un cómplice.

—Sí, Loretta.

—Tiene que ser alguien en el cual confiar de un modo absoluto. Esa persona no es fácil de hallar, Buddy.

—Jessica lo tendrá todo bien planeado, se lo aseguro. Edith se marchará de viaje en busca de mejores climas, en casa de algún pariente. Un día llegará la noticia del fallecimiento. ¿Sabe usted cuánto pagaría hoy un tipo adinerado por la rectoral y la parroquia? Son dos edificios que tienen más de doscientos años; su valor es enorme. Para un europeo, no representaría nada apenas; para un norteamericano, una casa construida dos años antes tiene el mismo valor que una catedral gótica.

—Sí, es cierto; y hay muchas casas en estas condiciones —

admitió la muchacha—. Ésta no, por supuesto —añadió sonriendo.

Miró a su interlocutor.

—Entonces, no hay fantasmas ni cosa que se le parezca —dijo.

Craven meneó la cabeza.

—Hay hechos sobrenaturales en los que es preciso creer, usted lo dijo hace algunos días; pero la mayor parte de los que tomamos como fantásticos, tienen una explicación enteramente natural.

—Buddy, ¿se da cuenta de que todo esto ha empezado casi al mismo tiempo de su llegada?

—Un poco antes, pero es que Edith Wolf murió hace cuatro o cinco semanas. Entonces es cuando se han producido las muertes a mano del fantasma de Rittringham.

—Y el tesoro no existe…

—Existe, Loretta.

Ella volvió a mirar a Craven. El rostro del joven aparecía absolutamente serio.

—Buddy, ¿cómo puede afirmar tal cosa? —inquirió.

—He encontrado el diario del reverendo MacNabb, el pastor que atendió espiritualmente a Rittringham en sus últimos momentos.

—Es fantástico —exclamó Loretta—. ¿Habla ese diario del tesoro?

—Sí. Rittringham se lo dijo así al pastor. Por lo visto, Rittringham había realizado gran parte de sus bienes, trocándolos por libras esterlinas. Tal vez pensaba que se avecinaban tiempos difíciles, en la lucha por la independencia… o quería establecer una reserva para caso de dificultades económicas. Lo que no le impedía, al mismo tiempo, pretender a la señora Corley.

Ella meneó la cabeza.

—El alma humana ha sido siempre un arcano indescifrable —murmuró—. Buddy, cuénteme cómo encontró el diario del reverendo MacNabb.

—Con mucho gusto, Loretta.

* * *

Era ya de noche, cuando Craven llegó a la posada.

Sue le sirvió la cena. Craven notó que la mujer parecía muy

preocupada.

—¿Le ocurre algo, señora Halloway? —preguntó.

—Estoy a punto de cerrar el trato —contestó ella con cierto despego.

Craven frunció el ceño. Comió normalmente, pero, al terminar, fue en busca de la posadera.

Sue estaba en su cuarto. Craven tuvo que llamar un par de veces, para conseguir que ella le abriese.

—¿Qué es lo que quiere? ¿No se da cuenta de que deseo estar a solas? —exclamó irritadamente.

—Señora Halloway, yo sólo deseo ayudarla. Soy sincero, créame. Si está en dificultades, dígamelo y haré cuanto esté en mi mano.

Sue vaciló.

—Me… me han amenazado…

—¿Anders?

—No. Isaac Tallomy. Es uno de los amigos de Anders, un vago, un parásito, que vive poco menos que a expensas de Anders y hace todo lo que él le ordena.

—Como Cross, ¿verdad?

Sue asintió. Craven hizo una pregunta:

—¿Cuál es la amenaza?

—El fantasma me colgará del roble muerto.

—Conque el fantasma, ¿verdad?

Craven sonrió.

—¿Sabe dónde vive Tallomy?

—Sí, en una choza situada al final de la aldea, hacia el Sur. Es tan vago y tan sucio, que su mujer se hartó de él y le abandonó…

—Está bien, déjelo de mi cuenta.

Craven dio media vuelta. Era ya tarde, pero no importaba.

Tallomy iba asustando a la gente. Ahora le tocaba a él su turno.

Mientras caminaba, confió en que Fowland estuviese despierto. Jerry se había mostrado dispuesto a ayudarle en una ocasión. Esperaba que ahora también le brindase su ayuda.

Minutos más tarde, Fowland conocía el plan ideado por el joven. Fowland asintió sin ninguna vacilación.

—Iré —dijo escuetamente.

Rió en su interior. «Mira que ir a desempeñar el fantasma de mí

mismo», se dijo.

* * *

La choza era de los pocos edificios en malas condiciones que había en East Valley. Prácticamente, podía decirse que era el único. Una serie de piedras componían cuatro paredes, con una desvencijada puerta y una ventana cubierta con sacos. El techo era de paja y barro.

Craven se apostó en un lugar discreto. Fowland se dispuso a interpretar el papel, según le había sido señalado.

Dentro de la choza, Tallomy, tumbado boca arriba en el camastro, roncaba estrepitosamente. A su lado había una botella vacía.

Una de sus manos pendía inerte, fuera del camastro. De pronto, se estremeció.

Alguien llamaba a la puerta. Los golpes tardaron un poco en atravesar las brumas alcohólicas que inundaban su cerebro.

Al cabo de unos momentos, consiguió recobrar la lucidez necesaria para despertar. Con mano insegura, encendió un fósforo y aplicó la llama al cabo de vela con el que se alumbraba por las noches.

—¡Ya va, ya va! —gruñó con voz espesa.

Estaba a medio vestir. Ni siquiera se puso las raídas botas que usaba durante el día. Con la vela en la mano, cruzó la sórdida estancia y abrió la puerta. Los goznes de cuero chirriaron tétricamente.

Tallomy divisó ante él una elevada silueta, de rostro delgado y anguloso, que permanecía completamente inmóvil.

—¿Qué… qué es lo que quiere, señor Anders? —preguntó.

—No soy Anders —contestó el otro con voz sepulcral.

Tallomy alargó el cuello. Con ojos legañosos, escrutó al visitante. Entonces, descubrió la soga de cáñamo que pendía de su cuello por un extremo y que estaba sostenida con una mano por el otro.

—Soy Arnold Rittringham. He venido a buscarte, Isaac Tallomy.

El sujeto retrocedió, lanzando un grito ahogado.

—¡No! —dijo, con los ojos fuera de las órbitas.

—Ven conmigo. Uno de tus antepasados formó parte del jurado que me condenó. Ahora se va a cumplir en ti la maldición que lancé cuando ya estaba en el patíbulo. Tallomy, ven…

—No, no…

Un horrible ronquido brotó repentinamente de la garganta de Tallomy. La vela escapó de su mano y se apagó al chocar contra el suelo.

Casi en el acto, se oyó un sordo golpazo. Tallomy cayó de espaldas, pataleó un poco y luego se quedó quieto.

Craven lanzó un juramento entre dientes:

—¡Rayos!

Y se precipitó sobre el caído.

A sus espaldas, Fowland dijo:

—No es necesario; está muerto.

Craven se estremeció. Tenía la mano derecha apoyada en el pecho de Tallomy. El corazón aún latía, pero la arritmia era claramente perceptible. De pronto, tras algunos latidos convulsivos, cuyos reflejos llegaron a las piernas del sujeto, se paró.

El joven se puso lentamente en pie.

—Ha muerto —murmuró.

—Sí —dijo Fowland con voz opaca.

Craven miró a su acompañante. El rostro del sujeto le pareció de repente alumbrado por una luz espectral, al mismo tiempo que sus ojos brillaban como los de un gran felino. ¿O era un reflejo del primer rayo de luna menguante en el cielo?

—Lo siento —murmuró—. Yo nunca pensé…

—Usted vino a comprobar si Tallomy actuaba por orden de Anders. Ya lo ha conseguido.

—Sí, pero nunca esperé un desenlace semejante.

—Era un ser débil y supersticioso. El miedo lo ha matado. No debe sentir la menor compasión por él.

—Jerry, ¿está usted enterado de la historia de la maldición de Rittringham?

—Naturalmente, señor. —Fowland se quitó la cuerda del cuello y la enrolló en torno al brazo—. La señorita Loretta me ha contado a grandes rasgos lo que pasó en la aldea hace casi doscientos años.

—Ya —dijo Craven entre dientes.

—Creo que conviene que nos vayamos, dando un rodeo si es posible. A fin de cuentas, y aunque haya muerto de miedo, cuando lo descubran, pensarán que ha perecido a consecuencia de un ataque cardíaco. A todos los que mueren de miedo se les para el corazón.

Craven asintió. Cuando encontrasen a Tallomy, pensarían algo muy parecido a lo que Fowland acababa de decir. Tal vez, además, se echase parte de culpa al licor. A decir verdad, la choza hedía a alcohol.

—Está bien, Jerry, vámonos.

—Sí, señor.

Fowland cerró la puerta con todo cuidado. Antes de emprender la marcha, Craven lanzó una mirada a la aldea.

El silencio más profundo reinaba en East Valley.

CAPÍTULO XIV

Antes de iniciar lo que pensaba sería la conclusión del caso, Craven quería tener el mayor número de cartas en la mano. Por la mañana, a una hora relativamente temprana, fue a la capilla y subió a la vieja sacristía.

Quitó los libros de registro. El hueco quedó al descubierto.

Esperó pacientemente. Las horas transcurrieron con gran lentitud. Al fin, cerca del mediodía, oyó voces al otro lado del muro.

—¿Por qué has venido? Es comprometedor…

—He llegado por la parte trasera. Salí a cazar muy de mañana. Nadie me ha visto.

—Está bien. ¿Te has enterado ya de la noticia?

—Sí. Es mejor para nosotros. Tallomy nos ha hecho un gran favor —rió Anders.

Hubo una leve pausa de silencio. Craven oyó un sonido inconfundible, el de dos bocas que se juntaban en un ávido beso.

—Bueno, basta de efusiones; ya llegará el tiempo en que podamos hacerlo sin temer a nadie. Y, por cierto —dijo Jessica maliciosamente—, ¿cuál de las dos lo hace mejor?

—¡Qué cosas tienes! —rezongó Anders.

—Vamos, vamos, no te habrás quejado cuando estabas con Katie…

—Lo hice porque tú dijiste que era conveniente; así podríamos despistar a los demás. Todo el mundo pensaría que yo andaba loco detrás de ella y nadie pensaría en lo que hay entre tú y yo.

—Pero no me negarás que te has divertido un poco, Brook.

—¡Bah! Katie no se puede comparar contigo. ¡Además le huele el aliento!

Jessica se echó a reír.

—Remilgado —le apostrofó.

—Bueno, bueno, basta ya. Jessica, las cosas no están saliendo

como queríamos.

—Sí, hay tipos todavía reticentes. Es una lástima, Tallomy podría habernos servido para dar otro espectáculo y terminar de convencer a los recalcitrantes.

—Hay tiempo de dar todavía otra representación…

—El tiempo es precisamente lo que se nos está acabando. Y el dinero también, Brook.

Anders lanzó una maldición.

—No podemos hacer más que una cosa, Jessica —dijo.

—El tesoro de la colina del ahorcado.

—Exactamente.

—Bueno, podemos ir cualquier noche.

—Pero antes me gustaría tener resuelto el asunto de la taberna de Loretta.

—No quiere vender, ¿eh?

—Está casi convencida, pero pide más de lo que tenemos.

Hubo una corta pausa de silencio. Craven comprendió que Jessica reflexionaba.

—El tesoro de Rittringham puede solucionarnos los últimos problemas. Contra lo que cree la gente, no es demasiada cantidad de dinero; debe de haber un par de centenares de monedas de oro. El valor real estriba en que se trata de esterlinas acuñadas en Inglaterra hace doscientos años. Son mil libras en total, por las cuales podríamos obtener ahora fácilmente dos o trescientos mil dólares.

Craven asintió. La cifra mencionada concordaba con lo que había leído en el diario del reverendo MacNabb.

—Pero antes hemos de solucionar el asunto de la taberna —dijo Anders obstinadamente.

—Eso es cosa tuya. ¿Cuándo irás a verla?

—Esta tarde. Preciosa, tengo unas ganas locas de que se termine todo esto…

Anders se interrumpió. Craven se imaginó fácilmente a la dulce y apacible Jessica en sus brazos, entregados ambos a la lujuriosa satisfacción de sus sentidos.

Sin hacer el menor ruido, puso los libros en su sitio. Luego, para no hacerse sospechoso, estuvo todavía un largo rato en la sacristía.

Casi una hora más tarde, salió a la calle.

—Hola —saludó Jessica alegremente.
—¿Cómo se siente? —preguntó él.
—Bien. Hace un día estupendo.
—Su tía estará mejor, imagino.
—Desde luego. Buddy, ¿cómo van sus trabajos?
—Estoy a punto de terminar. Creo que pronto me iré de East Valley.
Ella suspiró.
—Oh, usted vive en un lugar apacible, tranquilo, con unos paisajes maravillosos… Yo tendré que volver a la vorágine de la gran urbe, a levantarme con el tiempo justo, beberme el café mientras bajo corriendo las escaleras, buscar la noticia… No es una vida tan agradable como usted cree.
—A la larga, incluso la apacibilidad de una aldea como East Valley puede llegar a causar hastío, Buddy.
—Sí, eso es cierto. La veré más tarde, Jessica.
—Cuando guste. Ah, una cosa, Buddy.
—Dígame, por favor.
—Si escribe una historia sobre East Valley y su famosa maldición, no deje de enviarme un ejemplar. Dedicado, por supuesto.
—Lo haré con el mayor placer y, en el prólogo, la citaré a usted como una de las personas «sin cuya ayuda no hubiera sido posible escribir esta historia». Es lo que se suele poner en casos así.
Jessica rió alegremente.
—Me complacerá muchísimo. Adiós, Buddy.
—Hasta la vista.
Craven regresó a la posada. Sue Halloway le aguardaba con impaciencia.
—Le esperaba —dijo.
—¿Sucede algo? —se extrañó el joven.
—Señor Craven…
—Buddy, por favor —sonrió él.
—Está bien, Buddy. Le diré en primer lugar que confío muchísimo en usted. Por eso me atreveré a pedirle un consejo.
—No faltaría más, señora Halloway. ¿De qué se trata?
—Si estuviera usted en mi lugar, ¿qué haría? ¿Vendería la posada?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Anders me exige una respuesta rápida. Dice que no dejará pasar más de un día o dos…

—Dele largas. Dígale que dentro de dos días tendrá la respuesta. Pero, entre tanto, no firme ningún documento ni acepte ningún dinero como anticipo. ¿Le ha ofrecido mucho por la posada?

—Dos mil dólares…

Craven cerró los ojos un instante. Dos mil dólares, por un edificio construido dos siglos antes y en el que aún quedaban innumerables elementos de la decoración primitiva. Debidamente restaurada, la posada podía rendir todavía grandes beneficios a su dueña.

—Lo que le he dicho: dele largas —habló al cabo—. En dos días, sus problemas estarán resueltos más que satisfactoriamente, señora Halloway.

Sue lanzó un hondo suspiro.

—No sé por qué, pero ahora me siento muchísimo mejor —declaró—. ¿Una copita por cuenta de la casa, Buddy?

—Acepto encantado —sonrió el joven.

* * *

La alta silueta de un hombre se recortó en el umbral. Loretta alzó los ojos instintivamente.

Se estremeció. Con una sonrisa insolente en los labios, Anders avanzó hacia ella.

—Hola, preciosa —dijo—. ¿Quiere servirme una copa?

—Le dije que no volviese más por aquí…

—¡Bah, bah, he venido solamente a hablar de negocios! Y eso no es bueno con la boca seca.

—Está bien —dijo ella—. Por fortuna para usted, no sirvo ácido sulfúrico; todos los licores que hay en las estanterías son genuinos.

—Tengo una suerte loca —rió Anders cínicamente.

Bebió medio vaso de un trago. Luego, repentinamente serio, se encaró con la joven.

—¿Cuándo arreglamos el trato? —preguntó.

—¿Se refiere a vender el local?

—Mujer, no podría haber venido a hablar de otra cosa. Aunque, claro está —dijo Anders, mirándola críticamente a la cara y el pecho—, también hay otras cosas de las que podríamos hablar. Pero más tarde y en lugar más discreto.

—Ni lo sueñe —contestó Loretta—. Y si ha venido a hablar de la compra del local y no piensa subir más su oferta, ha perdido el tiempo.

Los ojos de Anders despidieron centellas de cólera.

—Está arruinada. Ya no viene nadie aquí. ¿Por qué no reconoce su derrota?

—Porque es usted el culpable. Quería el local, pero no pagó lo que el dueño anterior pedía. Yo sí lo pagué y usted empezó a influenciar a la gente del pueblo para que nadie viniese a hacer gasto en mi casa. Hasta entonces, a los habitantes de East Valley, salvo a algunos timoratos, no les había hecho gran impresión la vecindad de la colina del ahorcado. Pero usted lo cambió todo y eso, en realidad, es la causa de mi ruina. Que quiere ahora, ¿comprar esta taberna con cuatro cuartos, para enriquecerse luego con los turistas que vengan a ver la población maldita, atraídos morbosamente por su leyenda? ¿Qué me dice de las gentes que, asustadas, han vendido casas y tierras?

Anders lanzó una espantosa maldición. Alargó la mano a través del mostrador y agarró el brazo de la joven, tirando de ella hacia sí.

—Maldita zorra —bramó.

Una voz calmosa sonó de pronto a sus espaldas:

—Déjela.

Anders se revolvió velozmente. Loretta gritó:

—¡Jerry!

Se oyó un horrible juramento. Inesperadamente, Anders cargó contra Fowland, quien, sorprendido, no pudo reaccionar a tiempo. La frente de Anders golpeó brutalmente la mandíbula del empleado, que se desplomó pesadamente al suelo, sin conocimiento.

Anders se volvió hacia la muchacha.

—¡Volveré mañana! —dijo, a la vez que blandía el puño amenazadoramente—. Y entonces, venderá o…

Ya no acabó la frase. Giró sobre sus talones y salió disparado, ciego de ira, tan enfurecido, que no vio al hombre que se dirigía a la taberna y que, prudente, saltó a un lado para evitar el encuentro.

Escondido detrás de un árbol, Craven aguardó a que Anders se hubiera alejado. Luego, temeroso de lo peor, corrió hacia la taberna.

—¡Buddy! —gritó la joven, apenas le vio entrar—. Jerry está herido…

Craven se precipitó en socorro del caído. Lo primero que hizo, tras apreciar que se trataba de una simple pérdida del conocimiento, fue aflojarle el cuello de la camisa, quitándole también el pañuelo que llevaba ordinariamente enrollado en aquella región de su cuerpo.

Entonces fue cuando vio las marcas de una soga en torno a la garganta. Loretta emitió un gemido de horror.

Craven sintió un escalofrío. Aquella marca…

Un súbito presentimiento asaltó su mente. Con la mano, apartó las guedejas que cubrían las sienes del hombre. Las dos manchitas circulares de color rojo muy oscuro aparecieron inmediatamente ante sus ojos.

—¡Bondad divina! —exclamó—. No puede ser, es increíble… y sin embargo, aquí está…

—¿Quién es, Buddy? —preguntó la joven.

—Arnold Rittringham.

CAPÍTULO XV

Rittringham se sentó en el suelo al recobrar el conocimiento. Inmediatamente, vio a Craven y a Loretta frente a él, contemplándole con ojos desorbitados. La joven estaba palidísima y daba la sensación de ir a desmayarse de un momento a otro.

La mano derecha de Arnold subió hasta su garganta. Inmediatamente advirtió la falta del pañuelo.

—Lo saben ya —dijo.

Loretta sintió que desfallecía y tuvo que sentarse. Claven hizo un esfuerzo por mantenerse sereno.

—Lo sabemos, en efecto, señor Rittringham —contestó.

—Buddy, ¿por qué no me llama Arnold? —dijo el hombre con aire desenvuelto—. Creo que nos sentiríamos más a gusto de ese modo, si es que se puede sentir uno a gusto en compañía de un hombre que fue ahorcado hace doscientos años.

—Electrocutado en mil novecientos seis y gaseado sesenta años después.

—Es cierto —admitió Rittringham tranquilamente—. Otras muertes no fueron descubiertas y no recibí por ellas el castigo consiguiente.

—¿Por qué lo hizo? Usted era inocente de la muerte de Corley.

—¿Cómo lo sabe, Buddy?

—He leído el diario del reverendo MacNabb. En él está anotado todo lo que usted le dijo momentos antes de ser conducido al lugar de la ejecución.

—¡Ah, el reverendo MacNabb! Un hombre excelente, a fe —sonrió Rittringham—. Con su permiso, voy a tomarme una copita.

—¡Usted dijo que era abstemio! —exclamó Loretta de pronto, pero se tapó la boca con la mano, como temerosa de haber dicho una inconveniencia.

—Hay ocasiones en que es conveniente quebrantar las reglas.

Buddy, ¿qué más sabe usted acerca de mí?

—Le juzgaron por el asesinato de Corley. Usted juró siempre que era inocente.

—No maté a Corley. Fue Pearnell el que cometió ese crimen.

—Y luego estableció un pacto con el diablo…

—Se me apareció, como quien dice, casi sin llamarlo. Me hizo una buena oferta. La acepté.

—Ha estado cometiendo crímenes durante doscientos años…

—Era mi venganza. Tenía derecho a ella, ¿no le parece?

—Pudo haberse vengado de Pearnell, y todos lo comprenderíamos. Pero ¿qué le habían hecho los demás descendientes, todos inocentes?

Rittringham despachó de un solo trago la copa que se había servido.

—Era mi venganza, tenía derecho a ella —repitió acremente.

—No obró bien —murmuró Loretta—. Un día pagará sus crímenes, y no precisamente en este mundo.

Rittringham se puso serio repentinamente.

—Estoy arrepentido —declaró—. Confieso que me dejé llevar entonces de un impulso… y la verdad es que no creía del todo en que el diablo fuese… el diablo y que sus promesas se hicieran realidad.

—Mató a mi padre —dijo Craven.

—Lo siento, lo siento infinito. Pero, en compensación, haré algo para que usted y esa encantadora joven sean felices.

—Yo le perdono la muerte de mi padre. Pero ¿ya se da cuenta de que si Loretta y yo nos casamos, el diablo vendrá a reclamar lo que es suyo?

Rittringham sonrió de una manera singular.

—¿Ha leído bien lo que le dije al reverendo MacNabb? Temo que no se ha fijado bien en las condiciones del pacto. ¿O es que MacNabb no escribió todo lo que le dije?

—Usted pidió, a cambio de su alma, vivir para vengarse de los descendientes del hombre que mató a Corley. No pidió, en cambio, vengarse del juez y del jurado y de sus descendientes; esa es una fábula que han hecho correr personas interesadas en crear el terror en la aldea.

—Lo sé. Pero el diablo me dijo también que yo podría rescatar

mi alma, si algún día, conseguía evitar que un Pearnell cometiese crímenes y los achacase a personas inocentes. Desgraciadamente, no he podido evitar algunos, aunque si evitaré el próximo.

—¿Cuál es el próximo? —preguntó Craven, lleno de curiosidad.

—Loretta. Usted aparecerá como su asesino. Anders lo ha planeado así.

—Pero Anders no se llama…

—Es un Pearnell, perteneciente a otra rama, nacida de uno de los nietos del Pearnell que se casó con la señora Corley. Naturalmente, llegó un momento en que nació una sola Pearnell, casada después con un Anders, del que sí se perpetuó el apellido.

—No lo he visto en los registros de la parroquia. Claro que sólo investigaba mi genealogía y la de Loretta.

Rittringham sonrió.

—Mi vida toca a su fin. La maldición está a punto de extinguirse.

—El diablo se llevará su alma —dijo Loretta, quien, a veces, no estaba segura de hallarse bajo los efectos de una pesadilla.

—Si evito el próximo crimen de Anders, rescataré mi alma —dijo Rittringham—. Purgaré mis crímenes durante una eternidad, debo arrepentirme de ellos en el otro mundo, pero la misericordia de Dios es infinita. Ustedes rogarán por mí, espero.

Craven asintió lentamente. Rittringham volvió a sonreír.

—Empiezo a sentirme cansado —dijo—. El diablo me envió aquí, pero quizá sus poderes son más limitados de lo que creemos. O acaso es que tiene servidores que viven entre los humanos como seres normales, y son, en realidad, verdaderos demonios, aunque ellos lo ignoren.

—Se refiere a Anders y a Jessica Wolf, supongo.

—Exactamente. Son dos demonios… y seguirán siéndolo en el Más Allá, aunque crean que su vida va a ser muy placentera y llena de lujos y comodidades.

Loretta se espantó.

—¿Va a matarlos? —preguntó.

—No. La codicia será el arma con que ellos mismos se matarán.

—Arnold, una última pregunta —dijo Craven—. ¿Es cierto que escondió usted una olla con doscientas monedas de oro?

—Sí, debajo del roble.

Rittringham ya no habló más. Hizo una profunda inclinación de cabeza y se retiró.

Durante largo rato, reinó el silencio en la taberna. Luego, Craven, reaccionando, tomó dos copas y las llenó.

Entregó una a Loretta, quien la aceptó con sonrisa desvaída. Él, por su parte, vació la suya de dos tragos.

—Buddy, ¿hemos soñado? ¿Existe Rittringham realmente, después de doscientos años?

Craven volvió la cabeza hacia la puerta que conducía al alojamiento del hombre hasta entonces conocido como Jerry Fowland.

—A veces, suceden cosas que sólo los interesados pueden creer —contestó—. Nadie admitiría mi historia si yo la relatase tal como ha sucedido. Pero no dudo en absoluto de que Jerry sea Arnold Rittringham.

—Debería haberte matado… —ella le tuteó inconscientemente.

—Pero no lo ha hecho. Algo ha tocado su corazón, tal vez un soplo de la Divina gracia. Mató a mi padre, es cierto, aunque pienso que lo hizo, como sus otros crímenes, impulsado por el espíritu demoníaco que se infiltró en su alma. Sin embargo, el diablo no le dominó nunca por completo.

Craven se acercó a la muchacha y la atrajo hacia sí tiernamente. Ella se dejó abrazar; sentíase confortada y segura entre los brazos del joven.

De repente, brilló un relámpago y se oyó un trueno.

Loretta se apretó con más fuerza contra el joven. Craven volvió la cabeza instintivamente.

Otro relámpago iluminó la noche. A su fugaz resplandor, Craven pudo divisar dos siluetas que caminaban por la ladera de la colina.

—¡Míralos! —exclamó—. ¡Son Anders y Jessica!

Había vuelto la oscuridad. De repente, Craven, obedeciendo a un impulso irresistible, echó a correr hacia la puerta.

—¡Buddy, vuelve! —gritó la joven desesperadamente.

Pero Craven había desaparecido ya en las tinieblas.

Loretta dudó un instante. Su indecisión, sin embargo, duró muy poco. Venciendo animosamente el miedo que la dominaba, echó a correr detrás del hombre a quien —ya estaba segura— amaba con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO XVI

—Aquí es —dijo Jessica.

Encendió el farol eléctrico y lo dejó en el suelo, con la luz dirigida en sentido opuesto a la aldea. Anders se descolgó del hombro el pico y la pala que había llevado consigo.

—Tendré que cavar mucho —rezongó.

—Eres fuerte —dijo ella riendo.

Anders descargó el primer golpe en el suelo. A los pocos minutos, había abierto un hoyo de regulares dimensiones.

De pronto, se oyó una voz sarcástica en las inmediaciones:

—¿Ha aparecido ya el tesoro de Rittringham?

Jessica lanzó un gritito de susto. Anders se revolvió furioso.

—¡Craven! —barbotó.

—Yo mismo. Siga, siga, no se interrumpa por mí. Tengo ganas de ver la cara que ponen cuando encuentren la orza repleta de monedas de oro. Les servirá para comprar más casas y terrenos y convertirse, de paso, en propietarios de East Valley. Esto rendirá mucho, cuando la aldea sea un centro turístico, que se llenará de gente, con una adecuada propaganda. Pero ya se les acaban los fondos, me parece, y por ello recurren a una solución de extrema necesidad, ¿no es así?

Las manos de Anders se crisparon sobre el mango del pico.

—Se la está ganando, Craven —dijo—. Desde el primer día, está buscando que yo le dé una buena lección.

—¿Como la que le dio a Harry Koslar? ¿Por qué le mató? ¿Sólo para no encontrar obstáculos en el camino al corazón de la casquivana Katie Hardane? ¿O había quizá otros motivos? Por ejemplo, un documento de reconocimiento de deuda, por parte de Koslar hacia usted, con el que luego podría apropiarse de sus bienes. Naturalmente, la muerte de Koslar sería achacada al fantasma de Rittringham, ya que Koslar, según ustedes, era

descendiente de uno de los jurados que condenaron a un inocente hace doscientos años.

—Fue el fantasma —gritó la joven.

—Vamos, vamos, Jessica, usted es una chica culta. No va a decirme ahora que cree en duendes y aparecidos. A Koslar le mató su cómplice, Brook Anders, lejano pariente mío, por cierto.

—Usted y yo no tenemos nada en común —dijo Anders hoscamente.

—Eso es algo de una rigurosa exactitud —convino el joven—. Pero, dígame, ¿por qué mató a Cross, si era un pobretón?

—Yo no maté a Cross, lo juro. ¡Fue Rittringham!

«¿Será verdad?», se preguntó Craven.

—Cross quiso asustar a la señora Halloway, como lo hizo usted un par de noches antes —dijo—. Pero, previamente, usted o alguno de sus amigos, mientras ella servía en la posada, había subido a su habitación, sustituyendo los cartuchos cargados por otros que sólo contenían pólvora. Sue era de las pocas personas que no creían en la leyenda; si ella vendía, si demostraba creer en la historia, muchos la seguirían. ¿No era eso lo que pensaban?

—Está loco —dijo Jessica.

—No, no lo estoy. Hablo con la verdad en la boca. Jessica, ¿cuándo piensa usted decir que su tía se ha ido de viaje, para cambiar de aires?

Ella retrocedió un paso.

—Mi tía no se irá —dijo roncamente—. Está en casa…

—Está en el cementerio, bajo la lápida que señala la tumba que estuvo vacía por espacio de ciento noventa años. La señal del hachazo que segó su vida es claramente visible.

—¿Cómo lo supo? —gritó ella.

—El día en que me vio junto a la tumba de Rittringham, usted dijo que el cementerio estaba descuidado. Pero la tumba de Rittringham, en cambio, aparecía relativamente limpia de hierbas.

—Lo sabe todo, todo… —dijo Jessica con acento de terror.

—Tengo en mi poder el diario del reverendo MacNabb. Pero todavía sé otra cosa.

—¿Qué es? —preguntó Anders.

—Usted piensa matar a Loretta Philby y achacarme el crimen.

Aterrado, Anders retrocedió un paso.

—Me lo ha dicho el propio Rittringham —añadió Craven.

Hubo un momento de silencio. De repente, preso de un incontenible ataque de ira, Anders descargó un tremendo golpe con el pico.

Craven hubiera muerto, de no haber sido porque levantó el brazo, a la vez que se echaba a un lado. Pero incluso así el golpe rompió un hueso y alcanzó su frente, derribándole al suelo casi sin sentido, perdidas las fuerzas por completo.

Anders se dispuso a rematarle.

—¡No! —gritó ella—. Tiene que aparecer como el asesino de Loretta. ¡Anda, date prisa, saca el tesoro!

Oleadas de dolor iban y venían en el cerebro de Craven. Anders cavaba furiosamente, como poseído por un espíritu infernal.

De repente, se oyó el ruido de un cacharro que se rompía.

—¡El tesoro! —gritó Anders excitadamente.

—Déjalo —sonó una voz, al otro lado del roble.

Anders y Jessica se volvieron al mismo tiempo. Un hombre de elevada estatura apareció ante ellos.

—¿Quién es usted? —preguntó Anders.

—Rittringham.

Los ojos de Jessica amenazaron con salirse de sus órbitas.

—¡El ahorcado! —gimió.

—Sí.

Rittringham avanzó un par de pasos. Anders había dejado caer el pico, pero se inclinó para recobrarlo. Una fuerza irresistible paralizó sus músculos.

Jessica quería huir, pero tenía los pies como clavados en el suelo. Rittringham extendió los brazos y atrajo a los dos criminales hacia sí.

Un rugiente chorro de fuego subió de pronto a lo alto. La tierra tembló.

Sonaron dos alaridos que parecían llegar hasta el cielo. Aterrado, Craven, vio dos negras siluetas en el centro de aquel ígneo volcán, que, en unos segundos, consumió el roble seco.

Loretta se arrodilló junto al joven y le abrazó tiernamente.

—Estoy bien —dijo él, mientras procuraba dominar el dolor que sentía.

El fuego duró sólo unos segundos. Cuando desapareció, volvió el

silencio a la colina.

A la mañana siguiente, el roble había desaparecido. En su lugar, sólo había un profundo hoyo, de paredes ennegrecidas por el fuego.

* * *

Días más tarde, al despertar, Craven vio algo en su mesilla de noche.

Era una bolsita, de cuyo interior salió un tintineo de monedas. Al abrirla, encontró un papel escrito con letras de fuego:

SED FELICES.
ROGAD POR MI ALMA.

Craven musitó una silenciosa oración. La señora Halloway entró poco después con la bandeja del desayuno.

—Hay noticias —dijo—. Han levantado la lápida de la tumba de Rittringham y han encontrado el cadáver de la pobre Edith Wolf. Pero lo más raro es que han encontrado un esqueleto, cuyos huesos, según los forenses, tienen doscientos años de antigüedad. Uno de los médicos, dijo que el esqueleto tenía rota una de las vértebras del cuello, como si el hombre hubiera sido ahorcado. Extraño, ¿verdad?

—Sí, muy extraño —convino el joven pensativamente.

—Se sospecha que Jessica y Anders asesinaron a la pobre Edith. Ahora, temerosos de la justicia, han desaparecido de la aldea. Pero pronto darán con ellos, se lo aseguro.

Craven no quiso contradecir a la buena mujer. Aquellos criminales no serían hallados jamás en la tierra.

Desayunó, mientras la posadera charlaba inconteniblemente.

—No sé qué me pasa. Me siento estupendamente, y lo mismo les sucede a los otros convecinos… Parece como si se nos hubiera quitado un gran peso de encima… ¿Sabe?, hay muchos curiosos y turistas; ahora haremos buenos negocios… y yo ya no temo a la competencia de Loretta, aunque, no sé por qué esa chica, ahora que las cosas van a ir viento en popa, quiere vender su taberna.

Craven sonrió maliciosamente.

—Es que nos vamos a casar —dijo.

Sue abrió unos ojos como platos.

—¡Quién lo dijera! —exclamó—. Me invitarán a la boda, supongo.

—No faltaría más, señora Halloway.

Sonaron unos golpes en la puerta. Loretta entró a los pocos segundos.

Craven vio una rosa en su mano.

—La he arrancado de un rosal que crecía en la tumba de Rittringham —dijo, a la vez que le miraba profundamente.

Craven le devolvió la mirada. Ambos, sin necesidad de palabras, sabían lo que pensaba cada uno de ellos.

Sue se marchó. Loretta se acercó a la cama.

—Cuando estés curado, nos marcharemos —dijo—. Pero has de prometerme que volveremos aquí, por lo menos, una vez al año, para rogar por el alma de Arnold Rittringham.

—Lo haremos, te lo prometo —contestó él.

Alargó la mano. Loretta le entregó la suya.

—Luce un sol radiante —murmuró.

—Sí, las tinieblas de la maldición han desaparecido —dijo Craven.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días —le dijeron—, y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.